

MOSKOV-SELIM LA HISTORIA DE UN SOLDADO

Georgios Viziinós



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas
Granada

Georgios Viziinós

**MOSKOV-SELIM
LA HISTORIA DE UN SOLDADO**

*INTRODUCCIÓN, traducción y notas
de Manuel Serrano Espinosa*

Georgios Viziinós

**MOSKOV-SELIM
LA HISTORIA DE UN SOLDADO**

INTRODUCCIÓN, traducción y notas
de Manuel Serrano Espinosa

GRANADA 2002



Centro de estudios Bizantinos,
Neogriegos y Chipriotas



Grupo Investigación
Estudios de la Civilización Griega,
Medieval y Moderna.
Universidad de Granada

Biblioteca de Autores Neogriegos

Director: Moschos Morfakidis

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuel Serrano Espinosa

Georgios Viziinós: Moskov-Selim. La historia de un soldado pp.116

1. Narrativa 2. Balcanes s. XIX 3. Griego Moderno

© CENTRO DE ESTUDIOS BIZANTINOS, NEOGRIEGOS Y CHIPRIOTAS C/ Gran Vía, 9-2º. Telf. y Fax: +958 220 874. 18001 Granada

© De la traducción: Manuel Serrano Espinosa

Primera edición: 2002

Depósito Legal: Gr. 2069/2002

ISBN: 84-95905-04-3

Impreso en España - Printed in Spain

La edición de este libro ha sido financiada parcialmente por el Ministerio de Cultura de Grecia

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin la preceptiva autorización

PRÓLOGO

La traducción de cualquier obra de Viziinós supone un reto para quien la realiza, ya que se ve inmerso en el mundo autobiográfico del escritor tracio que fue de todo menos idílico. Su relato *Moskov-Selim* es un caso paradigmático. En ocasiones, el traductor no puede alejarse del ambiente que rodea la peripecia vital de la obra que traslada y éste fue mi caso al traducir el relato de nuestro autor. Quisiera agradecer, por tanto, la labor de algunas personas que han hecho posible el tránsito traductor y emocional para que esta obra viera finalmente la luz.

En primer lugar agradezco a A.L. Prieto de Paula su gran esfuerzo y paciencia para leer el manuscrito y hacerme sustanciosas observaciones que han sido muy valiosas para mejorar la versión española. También a M. Morfakidis, por haberme dado la oportunidad de inscribir mi nombre como traductor en la prestigiosa colección de estudios neohelénicos que dirige, así como por sus atinados consejos y reflexiones acerca del mundo tracio que tan bien conoce. A A. Morales Ortiz, por su ayuda y conse-

jos en la introducción de esta obra. A todos los que me han apoyado en este difícil proceso y especialmente a Carla, que ha tenido la paciencia y delicadeza de aclararme algunos aspectos de la condición humana.

ELCHE, verano de 2002

INTRODUCCIÓN¹

Datos biográficos

Georgios Viziinós, cuyo apellido real era Michailidis o Sirmás, nació en 1849 en un pequeño pueblo de Tracia oriental, en Vizii, de donde adoptaría su gentilicio, en el seno de una familia humilde². El relato de los acontecimientos familiares es una buena ilustración del elemento trágico que impregna la vida del escritor y es más que probable que las penurias que tuvo que soportar nuestro autor en los primeros años de su vida marcaran de manera tácita su trágico final. Viziinós es el tercero de una familia de cinco hermanos en la que todos van a tener una muerte trágica. A la temprana edad de cinco años muere su padre, dejando una familia de cuatro hijos y a su mujer, Déspina, embarazada de un quinto hijo.

Sin duda, uno de los aspectos que marcarían de por vida la existencia de Viziinós fue la extensa serie de desgracias familiares; el asesinato del hermano mayor, las enfermedades que acabaron con la vida de las dos hermanas y la muerte del más pequeño, fallecido por apoplejía el

¹ En lo referente a la transcripción del griego utilizaremos "Norma de transcripción del griego. ELOT-ISO." *Estudios Neogriegos*, 2 (Mayo 1998), 68-82.

² A pesar de las dudas de SIDERIS, A., "Το αμφισβητούμενο έτος γεννήσεως του Γεωργίου Βιζινηνού" *Ενδοχώρα*, 3 (48) 1996, 59-62; idem, "Νέες μαρτυρίες για το έτος γεννήσεως του Γεωργίου Βιζινηνού", *Νέα Εστία*, 142 (1997), 105-114.

mismo año en que el escritor es encerrado en el psiquiátrico de donde ya no saldrá nunca, marcan una peripecia familiar y afectiva que difícilmente podrían igualar en sus obras los autores trágicos de la Grecia clásica, que se mueve estrechamente, como con acierto intitula un gran estudioso de la obra del escritor tracio, en el mito entre su peripecia vital y su obra literaria³. En este cúmulo de desgracias se alza la figura determinante de la madre de Vizii-nós, Déspina, que aguantará con estoicismo la catastrófica situación familiar y se convertirá en uno de los personajes centrales que se hallan caracterizados en gran parte de la obra en prosa de Viziinós y, en concreto, en *Moskov-Selim*, del que nos ocuparemos a continuación⁴.

La pobreza de la familia obliga a nuestro autor a emigrar a los diez años junto a un hermano a Constantinopla, donde aprende el oficio de sastre en uno de los talleres que trabaja para el Sultán. Allí permanecerá en un ambiente tiránico por espacio de tres años hasta que el negocio cierra tras la muerte de su dueño. Parece que la fortuna gira entonces a favor de Viziinós con la aparición en su vida de un potentado comerciante chipriota, T.Y. Yeoryiadis, que le costea sus primeros estudios y lo envía posteriormente a Nicosia, con la intención de que se haga clérigo⁵. Sin embargo, el surgimiento de los primeros escauceos amorosos tendrá una doble consecuencia para nuestro autor: en el

³ ΑΘΑΝΑΣΟΠΟΥΛΟΣ, Β., Οι Μύθοι της ζωής και του έργου του Γ. Μ. Βιζυηνού, Atenas, 1991, 7-63 (especialmente. 7-14).

⁴ De hecho, la madre vivió, como en las tragedias clásicas, la pérdida de toda su familia directa e incluso conoció el siglo XX, ya que falleció en 1907.

⁵ ΡΑΡΑΛΕΟΝΔΙΟΥ, Λ., "Ο Γ.Μ. Βιζυηνός στην Κύπρο", Πιο Κοντά στην Ελλάδα, 14 (1998), 81-87.

plano literario propiciará la creación de los primeros versos de su producción poética, y, en el personal, provocará sus dudas acerca de la carrera eclesiástica.

A mediados de 1872 aparece Viziinós en Constantinopla, donde se discute en un sínodo acerca del cisma de Bulgaria, y se inscribe en la escuela religiosa de Chalkis. Al año siguiente edita su primera colección de poesías titulada *Ποιητικά πρωτόλεια*. Esta publicación le abrirá inmediatamente las puertas de los círculos literarios de la Ciudad y le proporcionará otro de los momentos positivos de su existencia, pues le permite trabar conocimiento con uno de los mayores mecenas de su tiempo, Y. Zarifis, que se convertirá a partir de entonces en el soporte económico y espiritual del incipiente escritor. Pero, al mismo tiempo, este acontecimiento supondrá también su más que previsible ingreso en la iglesia. La ayuda y protección del rico mecenas Y. Zarifis marcará de manera definitiva la vida de Viziinós.

Con 25 años lo encontramos completando sus estudios medios en Atenas. En 1874 vence en el prestigioso certamen poético «Vutsineos»⁶ y, además, publica su segunda colección poética titulada *Codro*. A partir de estos momentos se suceden los mejores años de la vida del escritor. En 1875, siempre con la ayuda de Zarifis, viaja a Alemania a cursar estudios superiores en una de las más prestigiosas

⁶ El escritor destacó sobremedida en sus inicios literarios con la poesía, incluso consiguió ganar de nuevo en el mismo certamen poético en el año 1877, siendo, además, el género al que pensaba dedicarse con más profusión. Posteriormente, cambió de idea y se decantó por la prosa. Para una visión resumida de su obra poética: ΜΑΜΩΝΗ, Κ., “ΤΟ ποιητικό έργο του Γεωργίου Βιζυηνού”, *Θρακικά Χρονικά*, 39 (1984) 42-50. idem, “Νέα στοιχεία για τη ζωή και το έργο του Βιζυηνού”, *Διαβάζω*, 278 (Enero 1992), 18-21.

universidades del momento, en Gottingen⁷. Allí, durante dos años, seguirá cursos de filología clásica y de filosofía. Posteriormente, completará sus estudios en Leipzig y Berlín⁸. Al mismo tiempo se presenta por segunda vez en 1876 al certamen poético «Vutsineos» y vuelve a obtener el primer premio. Tras este primer período en Alemania vuelve a Grecia, pero en 1880 regresa a Gottingen donde concluye sus estudios. En 1881 es nombrado doctor y publica su tesis sobre aspectos de psicología y pedagogía⁹.

Ese mismo año tiene lugar un viaje a la ciudad de Samakov¹⁰ durante el cual despertará su interés por los asuntos mineros. Esta fecha es esencial tanto en su trayectoria personal como en la creación del *Moskov-Selim*, ya que es precisamente en uno de sus viajes a esta ciudad cuando comenzará a gestarse esta obra.

⁷ Para estudiar la época de Viziinós en Alemania son indispensables los unmerosos estudios de SIDERA-LYTRA, P., “Ο Γεώργιος Βιζυηνός φοιτητής στο Πανεπιστήμιο της Γοττίνγης”, *Θρακικά*, 11 (1996-1997), 41-72. idem, “Οι σχέσεις του Βιζυηνού με τη Γερμανία”, *Ενδοχώρα* 3 (1996), 45- 58. idem, “Die deutschen Gedichte von Georgios Vizyinos” *Philia* (1999), 27-48. idem, “Der griechische Schriftsteller Georgios Vizyinos und seine Beziehungen zu Deutschland”, *Philia* 1996, 27-36. ΜΕΡΑΚΛΗΣ, Μ., “Ο Βιζυηνός, διδάκτωρ του Πανεπιστημίου της Γοττίνγης”, *Εξώπολις*, 5 (1996), 18-25.

⁸ SIDERAS, A., “Ο Γεώργιος Βιζυηνός φοιτητής στο Πανεπιστήμιο του Βερολίνου”, *Θρακικά*, 11 (1996-1997), 115-121.

⁹ *Das Kinderspiel in Bezug auf Psychologie und Padagogik*. Acerca de las relaciones entre su dedicación a la filosofía y su composición literaria, véase SIDERA-LYTRA, P., “Το παιδικό παιχνίδι σε σχέση με την Ψυχολογία και την Παιδαγωγική. Η διδακτορική διατριβή του Γεωργίου Βιζυηνού”, *Το Σχολείο και το σπίτι* 404 (1998), 63-67. SIDERA-LYTRA, P.-SIDERAS, A., “Κοινά σημεία στη διδακτορική διατριβή και στο λογοτεχνικό έργο του Γεωργίου Βιζυηνού”, *Ενδοχώρα*, 65 (1999), 174-182. Asimismo, se pueden consultar los artículos de SIDERAS A., “Αυτοβιογραφικά στοιχεία στη διδακτορική διατριβή του Γεωργίου Βιζυηνού”, *Θρακικά*, 11 (1996-1997) 105-114. idem, “Το διδακτορικό δίπλωμα του Γεωργίου Βιζυηνού”, *Νέα Εστία*, 145 (1999), 241-253.

¹⁰ Se puede ver con mayor detalle en ΑΘΑΝΑΣΟΠΟΥΛΟΣ, Β., op. cit., Atenas, 1991,26-28.

Pero nuestro escritor quiere completar su periplo intelectual y vital en Europa y al año siguiente lo encontramos entre otros lugares en París, donde conoce al escritor D. Vikelas que le presenta a la editora francesa Juliette Lambert-Adam. Este encuentro será de gran importancia para su labor literaria, pues Viziinós ha decidido abandonar por el momento el verso y decantarse en mayor medida por la prosa. Por tanto, el año 1883 marcará el inicio de la etapa más fecunda en la vida del escritor y en este sentido el papel jugado por la capital francesa debe ser realzado. Ese mismo año Viziinós enviará a la editora gala el manuscrito de su primer relato corto “*El pecado de mi madre*” que es publicado primero en traducción francesa en la revista *Nouvelle Revue* de J. Lambert¹¹ y, unos meses después, en su original griego *To αμάρτημα της μητρός μου* en la revista *Εστία*, que se convertirá a partir de entonces en el editor de toda la obra en prosa de Viziinós. A esta obra le seguirán de manera consecutiva otros dos relatos cortos, *Entre El Píreo y Nápoles* (Μεταξύ Πειραιώς και Νεαπόλεως) en el mes de agosto y *Quién fue el asesino de hermano* (Ποιος ήτον ο φονεύς του αδελφού μου) en octubre del mismo año. Todavía a finales del año tiene tiempo nuestro escritor de publicar una nueva colección de poemas titulada *Brisas de Atthis* (Ατθίδες Αύραι).

Pero ya hemos dicho que la peripecia vital de Viziinós presentó muchos claroscuros. Cuando parecía que todo iba sobre ruedas, tras la favorable acogida que había obtenido la publicación de sus tres relatos cortos, en 1884 se produce la muerte de su protector Zarifis. Ello supone un durísi-

¹¹ Acerca de la posible autoría de dicha traducción véase la introducción (πινάκ) de P. Mulás en su edición crítica de la obra en prosa de Viziinós.

mo golpe moral para Viziinós del que no se repondrá jamás de hecho ya nunca volverá a los países europeos donde el escritor se formó pero también un revés financiero, ya que el escritor pierde el soporte económico del mecenas y se ve obligado a volver a Grecia para conseguirse el sustento. Comienza, pues, otra nueva etapa en su vida.

A pesar de estos acontecimientos su producción literaria no se ve mermada. Publica de nuevo en la revista *Εστία* otros dos relatos cortos ese año: *Las consecuencias de la vieja historia* (*Αι συνέπειαι της παλαιός ιστορίας*) y *El único viaje de mi vida* (*Το μόνον της ζωής του ταξίδιον*)¹². En 1885 consigue un puesto en la Universidad de Atenas en la que enseñará historia de la filosofía durante tres años hasta la caída del gobierno de Trikupis. Mientras tanto renueva su interés por los asuntos mineros y realiza diversos viajes a la ciudad de Samakovo¹³. Allí madura la idea de comenzar la explotación minera de unos terrenos propiedad de la familia de su madre, proyecto en el que involucrará a su hermano menor, el único que quedaba vivo, y de paso a la hacienda familiar. Pero la realidad es que la prospección no dio ningún fruto positivo, el metal nunca fue hallado y

¹² Aunque el segundo de los relatos cortos fue publicado poco después de la muerte de su protector Y. Zarifis, hay un acuerdo general en considerar que ambos relatos estaban ya redactados por Viziinós en su estancia en el extranjero antes de su definitiva residencia en Grecia.

¹³ La aldea de Samakovo o Samakovi se encuentra en la Tracia nororiental. El topónimo significa en búlgaro *mina de hierro* y a esta tarea metalúrgica se dedicaban las gentes del lugar. Es probable que sus pobladores fueran emigrantes de la ciudad de Samokov, que se encuentra en las proximidades de la capital búlgara Sofía. Los griegos la llamaban Σιδηροχώριον. En este lugar poseían unos terrenos los familiares maternos del escritor. Las raíces griegas desaparecieron totalmente tras el desastre de 1922. Véase el testimonio de la época de ΤΖΑΡΤΟΥ, Κ. Θ., 'Αναμνήσεις από το Σαμάκοβο της Ανατολικής Θράκης', *Θρακικά*, 11 (1996-1997), 245-258.

la empresa acabó en una quiebra total. Probablemente en este período se gesta la historia que dará como resultado el relato corto titulado *Moskov-Selim*.

En 1890 Viziinós consigue otra plaza de profesor en el Odeón de Atenas, pero para esta época comienzan a manifestarse los primeros síntomas de su locura¹⁴. Puede que ello guardara alguna relación con el fracaso de la mina de Samakovo, pero lo cierto es que los médicos le diagnostican una enfermedad en la médula y lo envían en el verano de ese mismo año a Bad Gastein, una localidad termal de los Alpes austríacos. Sin embargo, el escritor no presenta síntomas de mejora a su vuelta a Atenas. Ha comenzado la turbulenta última etapa de la vida de nuestro autor¹⁵.

En los últimos años de su vida en libertad, cuando Viziinós presenta ya claros síntomas de demencia, explota su amor por la joven de 14 años, Betina Frasvasili, hija de su casero. La ayuda en sus estudios y le hace la corte hasta que finalmente la pide a su madre en matrimonio. Parece que sus repetidos fracasos aceleraron los síntomas de la enfermedad mental y cuando por fin ingresa en 1892 en el sanatorio mental Dromakaitio de Atenas, tras agravarse su estado, ya no saldrá nunca del lugar hasta su muerte. En los cuatro años que pasará recluido, según todos los testimonios que recoge Valetas, continuará con su obcecación

¹⁴ Puede que una enfermedad venérea que había contraído el escritor en su época alemana fuera el origen de su mal y acelerara el deterioro neuronal de nuestro escritor: STERYIÓPULOS, C., "Viziinós y el relato" (traducción realizada por M. I. Villares del artículo original publicado en *Περι-διαβάζοντας*, vol. II, Atenas, 1986, 36-51). *Πιο κοντά στην Ελλάδα*, 14 (1998), p. 66.

¹⁵ Es interesante consultar el análisis de una de las obras de Viziinós realizado desde una óptica médica por ΡΗΓΑΤΟΣ, Υ. Μ., "Το αμάρτημα της μητρός μου: Μια ιατρική προσέγγιση", *Εξώπολις*, 5 (1996), 116-129.

por el asunto de la mina y por el amor hacia la joven Betina. Pero la realidad se ha alejado definitivamente de la mente del escritor y, con ella, la libertad. Ha pasado exactamente nueve años en Grecia y ha publicado casi toda su obra literaria en prosa en la revista *Εστία*. Y. Viziinós fallece en el psiquiátrico el 15 de Abril de 1896¹⁶, sin haber podido ver, en libertad, la publicación de su último relato, *Moskov-Se-lim*, que saldrá de las prensas en 1895¹⁷.

Y. Viziinós y la novela costumbrista

Aunque los inicios de su quehacer literario transcurren entre los versos de sus colecciones poéticas, la contribución fundamental de Viziinós a las letras griegas la constituye su obra en prosa en la que destacan los relatos cortos¹⁸. De hecho, nuestro autor está considerado por la crítica tradicional como el introductor del relato costumbrista en la literatura neohelénica a partir de la publica-

¹⁶ El parte de defunción del sanatorio psiquiátrico habla de una parálisis general que le provoca el marasmo. Está recogido por ΠΑΝΑΓΙΩΤΟΠΟΥΛΟΣ, Ι.Μ. en su introducción al estudio de la obra de Viziinós, Atenas, 1960², 30.

¹⁷ Mencionamos algunas principales publicaciones que se ocupan de los datos biográficos de Y.Viziinos: ΒΑΛΕΤΑΣ,Γ., “ Φιλολογία στο Βιζυηνό”,*Θρακικά* , 8 (1937),211-304. ΘΡΑΚΙΩΤΗ, Κ., “Ο Γεώργιος Βιζυηνός. Η ζωή και το έργο του ”*Θρακικά Χρονικά*, 5 (1965) 17-32. ΑΘΑΝΑΣΟΠΟΥΛΟΣ, Β.,“Χρονολογικό Γ. Βιζυηνού”, *Διαβάζω*, 278 (Enero 1992) 12-17; ΜΑΜΩΝΗ, Κ., “Νέα στοιχεία για τη ζωή και το έργο του Βιζυηνού”, *Διαβάζω*, 278 (Enero 1992), 18-21.

¹⁸ Sin embargo, se ha de señalar que el autor no abandonó nunca, incluso hasta el final de su días en el sanatorio psiquiátrico, el género poético. Este hecho ha llevado a algunos críticos a sostener que el verdadero interés del escritor estuvo siempre en la poesía, mientras que su dedicación a la prosa fue algo circunstancial en el tiempo, lo que habría motivado que Viziinós no reuniera y publicara nunca su prosa en un único volumen. Véase al respecto, ΣΑΧΙΝΗΣ, Α., *Παλαιότεροι πεζογράφοι*, Atenas, 1989³, 133 y ss.

ción de la obra *El pecado de mi madre* en 1883¹⁹. El costumbrismo es un movimiento que supuso la ruptura con las corrientes anteriores que habían dominado el escenario literario griego del siglo XIX, en particular tras la creación en 1830 de la Escuela de Atenas, el romanticismo y la novela histórica. Por ello, L. Politis llega a afirmar que la verdadera prosa literaria tiene su comienzo en los escritores que conforman la llamada generación del '80²⁰ y que tiene su punto de partida en la publicación en 1879 de la emblemática obra de D. Vikelas, *Lukís Laras*.

Aparte de los cambios que supusieron el fin de la corriente histórica, derivados en su mayor parte del progresivo alejamiento en el tiempo del conocido tema de la Independencia del poder otomano, factores de otra índole propiciaron la irrupción de este tipo de relatos cortos. En concreto, la aparición de revistas especializadas permitieron que la obra de estos autores tuviera una rápida difusión. En este ámbito el papel de portavoz oficial de esta generación lo jugó por derecho propio la revista *Εστία*. Y no faltan, como ocurre tan a menudo, factores ideológicos que acompañaran semejante fenómeno de difusión. Además de los que podríamos denominar puramente técnicos, procedentes de la nueva ola de progreso que tiene lugar en Europa, merece un comentario otro factor de tipo local que llamaríamos ideológico que se había conformado a comienzos de la década anterior en Grecia.

¹⁹ El mismo escritor se postula como reinventor del relato corto si creemos el testimonio que recoge ΒΑΣΙΛΕΙΑΔΗΣ Ν. Ι. en su obra *Σελίδες του Δρομοκαϊτείου*, Atenas, 1910, 330, repetido por ΑΘΑΝΑΣΟΠΟΥΛΟΣ, Β., op. cit., 41.

²⁰ POLITIS, L., *Historia de la literatura griega moderna*, (traducción española) Madrid, 1994, 171 y ss.

En efecto, la publicación en 1869 por parte de N.Y. Politis de su celeberrima obra *Mitología Neogriega* (Νεοελληνική Μυθολογία), seguida dos años más tarde de su *Estudio sobre la vida de los griegos de hoy*, inaugura en Grecia los estudios sobre el folklore y costumbres locales²¹, que se constituyeron como afirmación étnico-nacionalista contra las teorías de Fallmerayer, que negaba continuidad a las diversas etapas de la historia de Grecia y atribuía a los griegos de entonces una ascendencia eslava. Esta primera corriente que estudia el folklore del país encontrará su continuación partir de la década siguiente con la aparición de una serie de obras en prosa que tienen como precursor a Vikelas y como continuador a Viziinós, que fue considerado por los estudiosos como el autor del costumbrismo griego, si bien en los últimos tiempos su adscripción a este género ha sido matizada y en algún caso incluso puesta en duda²².

Otros dos acontecimientos acaecidos en esta década son. antes para entender el profundo cambio social que se produjo en la década de los '80 del siglo XIX. En el plano

²¹ Coincidente con el año de publicación del primer relato corto de Viziinós (1883), Politis instituyó el primer certamen de relato corto que tenía lugar en Grecia igualmente en la revista *Εστία*.

²² Destacan en este sentido la contribución de dos grandes estudiosos de la prosa neogriega del s. XIX. Por un lado, la publicación de la importante obra de VITTI, M., *Ιδεολογική λειτουργία της ελληνικής ηθογραφίας*, Atenas, 1980². En ella, el autor se plantea la adscripción de este nuevo género literario, que en Grecia se mueve en el ámbito rural dada la concreta disposición social y demográfica del país en esa época, considerando si lo que realmente escriben se puede catalogar en el ámbito del género costumbrista o más bien en el realista. Por otro lado, ΒΕΑΤÓN, R. también se ha ocupado del asunto en algunos de sus escritos: "Realism and folklore in nineteenth century Greek fiction", *Byzantine and Modern Greek Studies*, 8 (1982-83), 103-122; "Ο Βιζυηνός και ο Ευρωπαϊκός Ρεαλισμός", *Διαβάζω*, 278 (1992), 22-25. El autor inglés ubica al escritor griego dentro de lo que denomina realismo rural o costumbrista.

político es preciso recordar el papel jugado por el gobierno de Ch. Trikupis, que representa un primer intento de encauzamiento del joven estado griego hacia unos derroteros más realistas con una evidente mejora de la sociedad helena. En estrecha relación con lo anterior se encuentra el eterno conflicto lingüístico que adquirirá una nueva dimensión con la publicación en estos años de la obra *Mi viaje* de Y. Psicharis, defensor de la introducción de la lengua popular frente a la katharévusa, lengua oficial hasta entonces. Las tesis defendidas y expuestas por Psicharis desde su cátedra de estudios neogriegos en París supondrán una conmoción en el mundo literario griego y el punto de partida en el que las siguientes generaciones de literatos en lengua demótica se apoyarían para la adopción del demótico, representados por la figura monumental de K. Palamás.

En este estado de cosas aparecen en la revista Εστία los relatos cortos de Y. Viziinós. Es cierto, como ha sido señalado por los sucesivos editores de su obra, que la mayor parte de los relatos fueron escritos en el extranjero y alguno de ellos incluso publicado en una lengua extranjera antes que en griego. Pero ello no resta ni un ápice a la obra del prosista Viziinós, quien estuvo siempre muy al corriente de la realidad griega del momento (recuérdese al respecto el caso del propio Psicharis, asentado en París) y tuvo como objetivo primordial, si hemos de creer una confesión que realiza en los últimos años de su vida en el sanatorio mental, transformar la narrativa griega de su época, anclada en el romanticismo e historicismo, y conducirla hacia los nuevos cauces del realismo.

Moskov-Selim²³

La producción narrativa de Viziinós se compone de ocho. Tos que aparecen en la revista Εστία entre abril de 1883 y mayo de 1885, con excepción del *Moskov-Selim* que se publica en 1895. Son, por orden cronológico de publicación, *El pecado de mi madre* (1883), *Entre el Píreo y Nápoles* (1883), *¿Quién fue el asesino de mi hermano?* (1883), *Las consecuencias de una vieja historia* (1884), *El único viaje de mi vida* (1884), *¿Por qué la miliá no se . nvirtió en milea?* (1885) y el ya citado *Moskov-Selim*.

Dos son las constataciones que pueden hacerse a la vista de esta relación de títulos y fechas: en primer lugar, el corto espacio de tiempo en el que Viziinós ve editada casi toda su producción en prosa y, en segundo, que una parte importante de su obra narrativa fuera compuesta en el extranjero y enviada a Grecia para su publicación. En realidad, la última etapa de la vida de Viziinós en Grecia se encuadra entre los años 1884-1892, es decir, el período comprendido tras la muerte de su protector Zarifis (1884) y su ingreso en el sanatorio psiquiátrico (1892).

La obra que presentamos a continuación se encuentra, sin duda, entre las mejores que compuso el escritor tracio. Algunos incluso han llegado a considerarla como su obra maestra, aunque ese primer puesto es discutido siempre por la crítica especializada cuando se la compara con el relato *El pecado de mi madre*.

Como ya hemos señalado con anterioridad esta obra ve la luz el 28 de Abril de 1885 en la revista Εστία, cuando Viziinós se encontraba ya en el psiquiátrico, por lo que todos

²³ Las ediciones completas de la obra de Viziinós figuran en el apéndice bibliográfico final. Nosotros seguimos la edición de P. Mulás.

los estudiosos coinciden en señalar que había sido escrita tiempo antes²⁴. La historia se centra en la vida y hechos del protagonista, el turco Selim, que ahora vive en tierra griega en una desvencijada casa desde la que cuenta la historia de su vida, llena de elementos trágicos, a un narrador, con toda seguridad el propio escritor, que se encuentra viajando por las tierras de Tracia²⁵. Tras un primer encuentro el narrador vuelve a la fuente llamada Kainartza pero esta vez sólo donde le espera Selim, apodado Moscov por su filorrusismo, que le cuenta las peripecias de su vida. El protagonista le relata cómo, siendo el menor de sus hermanos, vivió una infancia desgraciada debido al desprecio paterno y se refugió en brazos de su protectora madre en el harén, que lo adoraba y que llega a disfrazarlo con vestimentas de niña, cosa que acentúa todavía más la indiferencia de su padre, un varón turco de la época poco dado a actitudes que no fueran viriles o alejadas del entorno femenino.

Cuando llega a la adolescencia, por un capricho del destino, Selim se alista voluntario para luchar contra el archienemigo ruso en lugar de su hermano mayor, el preferido del padre, que había desertado. Este hecho constituye el núcleo del relato de Viziinós, pues será el que marque para siempre la vida del protagonista desde el punto de vista personal y familiar. Tras largos años de penalida-

²⁴ ΣΑΧΙΝΗΣ, Α., afirma, por ejemplo, en el capítulo que dedica al escritor tracio, *Παλαιότεροι Πεζογράφοι*, Atenas, 1982², 181, que por la referencia que se realiza en el *Moskov-Selim* a la caída de la casa real de Batemmburg, la obra se debió componer tras los citados sucesos acaecidos en 1886 y su entrada en el psiquiátrico en 1892.

²⁵ Todas las fuentes se ponen de acuerdo en que este viaje trazado en el *Moskov* tuvo relación con uno de los que realizó el escritor por la empresa largo tiempo acariciada de la explotación de la mina en Samakovo.

des y algunas graves heridas Selim regresa triunfador del combate, pero las cosas han cambiado radicalmente en su casa. Su fiel sirviente Sakirbaba lo pone al corriente de los acontecimientos acaecidos durante su larga ausencia de la patria; su madre ha muerto de pena en el harén, ya que había sido abandonada por su padre en favor de otra mujer. Su hermano mayor, causante 'indirecto de la marcha a la guerra de Selim pues se había declarado prófugo de la leva militar, ha sido abatido por los gendarmes tras haber sido denunciado por su propio padre. Éste, mientras tanto, se ha casado con otra mujer y ha abandonado η. mente el cuidado de las posesiones familiares que han ido a a las manos de la madrastra que las va dilapidando casi en su totalidad, mientras el "efenti" se ha dado a la bebida y a los placeres del harén que antaño odiaba.

La llegada del hijo pródigo no cambia la relación con su padre quien le vuelve a rechazar de forma lastimosa. Selim contrae matrimonio con una liberta de su madre que le da tres hijos y consigue rehacer su hacienda y disfrutar de una posición acomodada. Pero tras los levantamientos de 1875, cuando otra vez Rusia mira en contienda, nuestro soldado turco no aguanta y abandona hacienda y familia para enrolarse de nuevo en el ejército. La campaña resultará trágica para los turcos y Selim es herido y hecho prisionero por los rusos. Sin embargo, lo que el soldado preveía un cautiverio doloroso se transforma, por el contrario, en un trato obsequioso y favorable como jamás había obtenido de sus propios compatriotas, según el mismo reconoce. Aquí nace este sentimiento de filorusismo de aquel Selim que había luchado a lo largo de su vida contra todo aquello que tuviera cualquier relación con Rusia.

La segunda vuelta a casa se convierte en otra vivencia trágica para el soldado turco. Tras muchas penalidades llega a su hogar y allí se entera de que ha perdido a su mujer e hijos, que habían emigrado a Constantinopla víctimas del hambre, el frío y la peste. En ese momento se cierra la historia que Selim ha contado al narrador y se pasa al tiempo presente en el que el narrador promete cuidarlo e informarle de una próxima llegada de los rusos. A continuación, de labios del propio narrador se van desgranando las fatales consecuencias que aquella guerra tuvo para los turcos. El último acto del relato corresponde a la vuelta del amigo de Selim, que lo encuentra hemipléjico debido a un ataque provocado por la falsa noticia de la llegada de los rusos, y a la conmovedora conversación final entre los dos amigos que concluye con la muerte de nuestro héroe trágico.

La primera cuestión de interés que plantea la obra es el hecho de que el protagonista sea un turco. Viziinós pudo perfectamente haber helenizado al personaje, pero, a pesar de que cuando Selim cuenta su historia vive en suelo griego, la persistencia del escritor en mantener su carácter turco tiene que ver con un tono biográfico o autobiográfico²⁶. Es perfectamente plausible que la temprana llegada a Constantinopla de nuestro escritor marcara de forma de-

²⁶ Como señala ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., en su introducción a la edición crítica de obra narrativa de Viziinós, *Το νεοελληνικό διήγημα και ο Γ. Μ. Βιζυηνός*, Atenas, 1980, ρκγ' Asimismo la obra se desarrolla en la zona de Tracia, patria del escritor, a la que dedica a lo largo de la obra sentidas descripciones de su paisaje. Se advierte sobremanera en el *Moskov-Selim* cómo Viziinós entremezcla diferentes vivencias personales que va adjudicando a los dos personajes principales de la obra según le conviene. En este sentido es también muy acertada la consideración del propio estudioso cuando califica al narrador como: "αφηγητής-μεταγραφέας-συγγραφέας" (op. cit., ρκβ).

terminante la condición turca de su protagonista. Viziinós demuestra aquí, además, gran dosis de valentía y humanidad en la caracterización de su personaje²⁷. Las heridas de la revolución contra los turcos se encuentran muy frescas todavía en Grecia, pero hay que recordar a este respecto que el escritor se ha formado en Alemania y ha visitado otros países europeos, lo que posiblemente le otorgó una perspectiva de mayor alejamiento del epicentro del problema que quizás influyera en su concepción del personaje.

Esta caracterización del protagonista turco, enmarcado dentro de una época de guerras entre el Islam y los pueblos eslavos, pone en primer plano algunos temas que hoy día tienen una vigencia considerable. Así, por ejemplo, nada más comenzar la obra²⁸, el narrador, en un bello y significativo párrafo, se pregunta acerca de la intolerancia entre las razas y religiones de ambos pueblos, cuando se refiere por igual a los fanáticos de ambas naciones que envenenan diariamente los posibles lazos de concordia, encamados en la figura de Selim. Es uno de los aspectos sobre los que bascula toda la obra, el conocimiento entre dos personas de religiones opuestas que, sin embargo, desde el primer momento conectan entre sí y llegan a tener una gran amistad a pesar de su diferente credo religioso. Es éste un bello ejemplo de tolerancia que nos ofrece Viziinós y que reaparece en otros lugares a lo largo de la obra.

Otro detalle que se relaciona indirectamente con el tema de la tolerancia entre los pueblos es la adscripción pro rusa de Selim a partir de un momento determinado

²⁷ EMRICH, G., "Humanitas contra nationalismus. Zum Proómium der Erzählung 'Moskov-Selim' von Georgios Viziinós", *Materialia turcica*, 6 (1983), 94-101.

²⁸ ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., 202.

de la obra. Es indudable que una de las características que adornan a nuestro héroe turco es su amor por lo ruso, rasgo tan importante que forma parte incluso del título de la obra. Cuando en el relato Selim abandona su hacienda y familia al enterarse que el enemigo acérrimo de su patria, Rusia²⁹, ha declarado de nuevo la guerra y acaba cayendo preso, nuestro héroe cree que le aguarda el más trágico de los destinos. Sin embargo, lejos de encontrarse con las torturas y matanzas que suelen dispensar los vencedores al vencido, Selim, herido en el combate, encuentra ya desde el primer momento en el hospital de campaña favores, obsequios y amabilidades de los antaño pérfidos rusos hacia su persona y, en general, hacia los miles de prisioneros turcos. Esto le lleva a afirmar: “Esto halagó mucho el amor propio del soldado, que raramente había escuchado un cumplido por las hazañas que entre los demás pueblos son condecoradas de manera ejemplar”³⁰.

La crítica del soldado turco hacia su país se hace a partir de cierto momento cada vez más evidente a lo largo de la obra. Esta crítica está teñida sobre todo del desencanto que se adueña de Selim cuando las expectativas que tiene puestas en su Estado, no sólo no se cumplen, sino que es repetidamente mejor tratado por los llamados estados enemigos que por el suyo propio. A raíz de esta estancia en Rusia se hace evidente el desmedido amor por lo ruso de

²⁹ Se trata de la última guerra Rusoturca (1877-1878) que se inicia con el levantamiento de las posesiones turcas en los Balcanes en 1875 (Bosnia y Herzegovina). La batalla que se desarrolla en dos frentes, el Cáucaso y los Balcanes concluirá con la aplastante victoria rusa y el desmembramiento de la hegemonía turca de los Balcanes de la que se hace referencia en el relato del *Moskov-Selim*.

³⁰ ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., 239.

nuestro héroe. Sin embargo, existen también razones de tipo personal en esta metamorfosis que la fina pluma de Viziinós nos describe con trazo maestro en muchos pasajes de la obra. Selim ha perdido su referente, su patria le ha abandonado a su suerte, es una persona muy desgraciada. Por ello, se echa en brazos del primero que le otorga un poco de cariño recordemos que en el relato llega a tener una aventura amorosa con una rusa y éstos son los rusos, como también al final de la obra, en una escena conmovedora, se identificará con nuestro narrador-escritor.

Queda, por tanto, patente, que el fanatismo inicial del turco da paso a una posición más humana en la que las personas son más importantes que las naciones y en la que son salvados los abismos que separan a las personas, impuestos muchas veces por la propaganda oficial. Ésta es la opinión de Selim pero no hay que olvidar que Viziinós es, a fin de cuentas, griego y ello se nota en algunos pasajes de la obra en los que la nacionalidad del escritor aflora a través de las palabras del narrador. En relación con este último tema, en un pasaje del final de la obra el narrador reflexiona consigo mismo al hilo de la historia de Selim y afirma: “desde que la mano de acero de la revolución griega sacudió el poder del Sultán en Europa, han causado en el mismo quiebras, que no es posible restaurarlas ni con la abundante sangre ni con los innumerables cuerpos que los fieles con buen ánimo disponen para ello”³¹.

No son éstos los únicos comentarios críticos que el escritor pone en boca de sus personajes en un estudiado recurso literario en el que subyace la opinión personal del

³¹ ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., 248.

escritor. Pasando del ámbito social al puramente personal del que nos ocuparemos más adelante extraemos un comentario puesto en boca de Selim acerca de su esposa turca cuando precisamente se encontraba prisionero en Rusia en brazos de la rusa Pavlovska: "...porque Meleika estaba en realidad dotada de diversas virtudes. Atendió a su suegro paralítico con la abnegación de un hijo y convirtió a Selim en partícipe de la felicidad conyugal, cuanto es posible conseguir esto en una familia turca"³².

Una manifestación más de este espíritu crítico hacia la sociedad turca de su época lo constituye la afirmación de nuestro héroe, todavía prisionero en Rusia: "...pero ¿Qué quieres que te diga? En nuestras casas las mujeres buenas eran como ovejas..."³³. Es decir, que nuestro escritor tiene los arrestos necesarios para adentrarse en terrenos más escabrosos y realizar cierta crítica en el ámbito de las relaciones familiares.

Otro asunto que queda realzado a lo largo de la obra es la condición de extranjero de Selim. Por diversas circunstancias nuestro héroe se ve obligado a estar lejos de su patria y el desarraigo se apodera de él como una pesada losa hasta tal punto que le lleva a afirmar en una de sus vueltas a Turquía que hubiera preferido morir a ver el odio con el que era tratado por los suyos, o incluso cuando sostiene que lo único que quiere es pasar tranquilo en Grecia el tiempo que le quede de vida. En el espejo del desarraigo de Selim se puede reflejar el propio escritor. Su vida desde pequeño constituyó un continuo deambular lejos de la pa-

³² ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., 234.

³³ ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., 241.

tria y sus trágicas circunstancias familiares quisieron que únicamente tuviera cierta relación afectiva con su madre y con su hermano menor que muere fatalmente de apoplejía al poco tiempo de ingresar Viziinós en el sanatorio psiquiátrico.

En *Moskov-Selim* el plano de las relaciones personales destaca por encima de los demás y en este aspecto Viziinós, gran escritor de literatura de costumbres, afina su pluma con maestría en la descripción de los sentimientos de su héroe principal. Ya hemos reseñado anteriormente que la niñez en el entorno familiar del iscntor no fue precisamente un cúmulo de felicidad, algo que el mismo Yiziinós traslada también al resto de sus relatos. Aquí define con mano maestra la falta de cariño paterno de nuestro proagonista, hecho capital que le acompañará toda su vida, y, consecuencia de ello, la obsesiva preocupación de su madre que incluso lo llegará a vestir con ropas de niña, en un intento de sublimar aquella hija que nunca tuvo. Aunque aparentemente no existen paralelismos con la vida del escritor no debemos olvidar eue éste perdió a su padre a la edad de cinco años y que su madre e convertirá en el único apoyo familiar junto con su hermano pequeño hasta su muerte.

Nuestro autor describe con maestría algunos aspectos de la condición humana, de sus grandezas y miserias. Así, cuando Selim se encuentra prisionero de los rusos y mantiene una relación amorosa con la bella Pavlovsvka, realiza una comparación entre ella y su esposa en un largo párrafo: “viví tantos años con mi Meleika y tuvimos tres niños ¿lo crees? Nunca miró a mis ojos como la Pavlovska. La mirada de Pavlovska no se humillaba ante al mía como

un siervo que baja su cabeza para que le regañe el señor³⁴. Pero cuando acaba esta loa al fruto prohibido afirma con contundencia: “Pero mi Meleika tenía el anillo que le entregó mi madre. No podía abandonarla...”.

Particularmente expresiva, en este contexto, es la vuelta de Selim de su primera campaña militar cuando se encuentra la casa familiar totalmente abandonada y se entera de todas las desgracias que han acaecido a su familia en su ausencia. Además, el padre se ha casado con otra, tiene, por tanto, una madrastra que dilapida la fortuna familiar. Por eso, cuando el padre se queja amargamente, el hijo contesta: “En nuestra familia no se oyó jamás que una mujer echara a su señor de su misma casa”. Pero, tras admitirlo, el padre responde resignado ante la realidad que impone la condición humana: Μα έλα πάλιν που την αγαπώ την μαριόλα! Βάλε ρακί να πιούμε στην υγεία της!³⁵.

Como afirma acertadamente P. Mulás, más allá de la simple historia de un soldado turco se encierra la intrincada relación del individuo frente al colectivo, de la psicología con la ideología, de la historia con la alienación³⁶.

³⁴ ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., 241.

³⁵ ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., 233.

³⁶ ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., ρκζ' .

La lengua en la obra de Viziinós³⁷

La publicación en 1888 de la obra de Y. Psicharis, *Mi viaje*, supuso un aldabonazo de primera magnitud en plena efervescencia de la polémica que mantenían los partidarios de las dos lenguas y que es conocida comúnmente con el término de «cuestión lingüística». Encendido defensor de la lengua demótica, Psicharis recibió una crítica despiadada de los partidarios de la lengua pura, pero contribuyó a la imposición del demótico en la prosa. Cuando Psicharis publica su emblemática obra es más que probable que Viziinós ya hubiera comenzado su *Moskov* y posiblemente lo hubiera concluido³⁸.

Aunque la producción poética del autor lo situaba dentro de la corriente purista, puesto que Viziinós es un representante claro del círculo fanariota de los ambientes refinados y aristocráticos de Constantinopla, su lengua siempre ha sido considerada por la crítica como una *katharévusa* simple. Sin embargo, la corriente demoticista que había calado en una parte de la intelectualidad griega y que desembocará en la obra-tratado de Psicharis hizo también mella en el escritor tracio. Así, por ejemplo, uno de sus relatos cortos es en la práctica una disquisición sobre el conflicto lingüístico. Se trata de su obra *Διατί η μηλιά δεν έγινε μηλέα*³⁹.

³⁷ Para una visión de conjunto véase ΒΑΛΕΤΑΣ, Γ., "Φιλολογικά στο Βιζυηνό", *Θρακικά*, 6 (1937), 211-304.

³⁸ Véase la introducción ya citada de ΑΘΑΝΑΣΟΠΟΥΛΟΣ, Β., Atenas 1990, 40, nota 40.

³⁹ Se publica en 1885 en la revista *Εβδομάς*. El mismo año publica asimismo un artículo sobre la citada cuestión de la lengua donde ataca a los defensores de la vuelta del griego clásico. Lo recoge ΒΑΛΕΤΑΣ, Γ., op. cit., en la nota 48.

En el caso de la obra que nos ocupa Viziinós conjuga con gran acierto, para caracterizar a sus personajes, la existencia de las dos lenguas. Así, desde el primer instante, se observa que las palabras del narrador fluyen en el citado estilo katharévusiano, no exento en ocasiones de arcaísmos, retoricismos y ciertos rasgos dialectales del escritor tracio, mientras que, por el contrario, Selim emplea la lengua demótica más simple y desprovista de cualquier adorno cultista o literario. Sin embargo, a veces se puede observar también que nuestro escritor mezcla ambas lenguas dando lugar a situaciones lingüísticas curiosas. Veamos algunos ejemplos de ello.

En la primera parte de la obra cuando el narrador-escritor realiza una descripción de un entorno paisajístico tracio, aparece la forma dialectal ποτίσωμεν, repetida en tres ocasiones junto a formas muy demóticas como λιγάκι πάρα πέρα o la rotunda forma verbal ξεβουρβουλά⁴⁰. Sin embargo, el estilo que predomina en la lengua del narrador es claramente el purista: se puede observar ya al principio del relato en un buen número de formas arcaicas como: εν τω βίω, εν ω, μοι εφάνη, μοι διηγήθη, το ρηθέν, εις τοιούτον βαθμόν, etc. En ocasiones el prosista utiliza el conocido sintagma clásico de verbo más participio como φαίνεται κατέχουσα o también έλαβον αγούσαν. Por otro lado, presenta también formas verbales con la utilización del caso dativo como τω είπον frente a la acepción más clásica, a la que también recurre, con el uso del genitivo regido en του είπα o του λέγω etc. Pero, al mismo tiempo, nuestro escritor emplea, alternando con las anterio-

⁴⁰ ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., 203.

res, expresiones de claro origen vulgar como Πάνε μια, καβαλικεύσετε, τόσω πολύ, y también expresiones sin el régimen clásico como με είπεν ο δεν θέλω να σε ειπώ. Es curioso también el doblete fonético Ρουσσία- Ρωσσία, debido probablemente al período que pasó el escritor griego en diversos países de Europa.

Además de estos ejemplos se observan en el Moskov elementos del dialecto tracio, especialmente la construcción del verbo de lengua con acusativo en lugar de genitivo, Θα σε του πω o también la locución γι' αυτό δα.

En determinadas partes de la obra esta intención programática de Viziinós de aplicar la ecuación según la cual a un entorno social determinado le corresponde el uso de la lengua purista o demótica deviene en el primer caso en un retoricismo de clara raigambre clásica; así ocurre, por ejemplo, en la primera descripción que se observa en el Moskov del paisaje tracio, o bien cuando el narrador-escritor realiza alguna reflexión de tipo personal.

Prueba evidente de este acercamiento a lo clásico como motivo literario son sus referencias a la mitología clásica, como la Diosa Madre o bien las citas homéricas como la referida a Titón y Aurora.

En el lado contrario se encuentra Selim, al que Vizii-nós caracteriza con la utilización del demótico, del lenguaje llano por excelencia. Además, como el personaje principal es turco introduce numerosas palabras de origen turco del ámbito afectivo, algunas de las cuales han pasado a engrosar el léxico griego, entre otras, χαϊρι, ντέρτι, κισμέτι, τσακπίνι etc, que son fruto de la estancia del propio escritor en Constantinopla.

Otra característica de la lengua de Selim proceden-

te del turco es la repetición expresiva de la misma forma como *όπως- όπως, βραχνά-βραχνά, γοργό-γοργό*, que el escritor utiliza con cierta profusión a lo largo de su obra. Sin embargo, la impresión que entresacamos del llano lenguaje utilizado por Selim, desprovisto del academicismo del narrador, es que nos llega directo y penetrante a lo más profundo del alma, al narrar las desgraciadas peripecias de su vida.

Toda esta amalgama de usos diversos de la lengua concienzudamente dispuestos por el escritor para diferenciar a los protagonistas hace que su traducción al castellano sea especialmente compleja. Pero esto mismo pretendió Y. Viziinós al escribir su gran obra *Moskov-Selim*.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones críticas. Introducciones. Traducciones

- ΑΘΑΝΑΣΟΠΟΥΛΟΣ, Β., *Γ.Μ. Βιζυηνός, Τα Διηγήματα*, Atenas, 1991.
- ΚΟΚΚΙΝΗ, Σ., *Το αμάρτημα της μητρός μου και άλλα διηγήματα*, Atenas, s.d.
- ΜΠΑΛΑΣΚΑΣ, Κ., *Νεοελληνική Ανθολογία. Γ. Βιζυηνός, Μοσκόβ-Σελήμ*, Atenas, 1996.
- ΜΑΜΩΝΗ, Κ., *Βιζυηνού, τα Άπαντα*, Atenas, 1967.
- ΜΟΥΛΛΑΣ, Π., *Νεοελληνικά Διηγήματα*, Atenas, 19942;
- , *Τα Άπαντα του Γεωργίου Βιζυηνού*. Atenas, 1980.
- ΠΑΝΑΓΙΩΤΟΠΟΥΛΟΣ, Ι.Μ., *Γεώργιος Βιζυηνός, Βασική Βιβλιοθήκη*, Atenas 1954.
- , *Τα Άπαντα του Γεωργίου Βιζυηνού*, Atenas, 1955.
- LARA, M^a. E., *El Moscovita. Πιο κοντά στην Ελλάδα*, 14 (1988), 334-373.
- SIDERAS, A.-SIDERÁ LYTRA, P. "Georgios Vizyinos. Die deutschen Uebersetzungen eigener Gedichte", *Greek Letters*, 12 (1998- 1999), 35-52.
- WYATT, W. F., *My mother's Sin and Other Stories*, Hanover and London, 1988.

Estudios

- Π. ΑΘΑΝΑΣΙΑΔΗΣ, "Μία άγνωστη μελέτη για τη Βιζύη του 1886", *Εξώπολις*, 10/11 (1998-99), 67-70.
- ALEXÍU, M., "Writing Against Silence: Antithesis and Ekphrasis in the Prose Fiction of Georgios Vizyenos", *Dumbarton Oaks Papers*, 47 (1993), 263-286.
- , "Why Vizyenos", *Journal of Modern Greek Stu-*

dies, 13 (2), 289-298.

ΑΦΙΕΡΩΜΑ ΣΤΟΝ Γ. Μ. ΒΙΖΥΗΝΟ. *Διαβάζω*, 278 (1992).

ΑΦΙΕΡΩΜΑ ΣΤΗΝ ΕΛΛΗΝΙΚΗ ΗΘΟΓΡΑΦΙΑ. *Πιο κοντά στην Ελλάδα*, 14(1998).

ΒΑΛΕΤΑΣ, Γ., “Φιλολογικά στο Βιζυηνό”, *Θρακικά*, 8 (1937), 211- 304.

ΒΑΡΒΕΙΤΟ, Ρ.Φ., “Altered States Space, Gender and the (Un) making of Identity in the Short Stories of Giorgios M. Vizyenos”, *Journal of Modern Greek Studies*, 13/2 (1995), 299-326.

ΒΑΡΒΟΥΝΗΣ, Μ. Γ., “Οι ρίζες της νοσταλγίας του Γεωργίου Βιζυηνού”, *Εξώπολις*, 5 (1996), 201-203.

ΒΑΣΙΛΕΙΑΔΗΣ, Ν., “Γεώργιος Βιζυηνός (Ο Ελλην Γκύ δέ Μω-πασσάν)”, *Εθνικόν Ημερολόγιον* (1894), 279-313.

ΒΕΑΤΌΝ, R., “Realism and folklore in nineteenth century Greek fiction”, *Byzantine and Modern Greek Studies*, 8 (1982-83), 103-122.

Γ. Βιζυηνός. Εκατό χρόνια από το θάνατό του. (1886-1996). *Εξώπολις*, 5 (1996).

ΕΚΑΤΟΝΤΑΕΤΗΡΙΔΑ ΜΝΗΜΗΣ ΓΙΑ ΤΟ ΘΑΝΑΤΟ ΤΟΥ ΓΕΩΡΓΙΟΥ ΒΙΖΥΗΝΟΥ (1896-1996). *Θρακικά*, 11 (1996-1997).

EMRICH, G., “Humanitas contra nationalismus. Zum Proömium der Erzählung ‘Moskov-Selim’ von Georgios Vizyinos”, *Materialia turcica*, 6 (1983), 94-101.

ΘΡΑΚΙΩΤΗΣ, Κ., “Ο Γεώργιος Βιζυηνός. Η ζωή και το έργο του”, *Θρακικά Χρονικά*, 5 (1965), 17-44.

ΚΙΑΚΙΔΗΣ, Θ. Π., “Λαογραφικά Σαμμακοβίου”, *Θρακικά*, 34 (1961), 196-233.

ΜΑΜΩΝΗ, Κ., *Βιβλιογραφία Γ. Βιζυηνού* (1873-1962). Εταιρεία Θρακικών Μελετών, Atenas 1963, (reproduction del tomo 29 del *Αρχεῖον του Θρακικού Λαογραφικού και Γλωσσικού Θησαυρού*).

- , *Θρακική Βιβλιογραφία* (1958-1966). Atenas, 1967. (reproducción del tomo 33 del *Αρχείον του Θρακικού Λαογραφικού και Γλωσσικού Θησαυρού*)
- ΜΟΥΣΟΠΟΥΛΟΣ, Θ., “Ο Κωστής Παλαμάς για το Γεώργιο Βιζυηνό”, *Θρακικά Χρονικά*, 42 (1987-1988), 32-36.
- , Γεώργιος Βιζυηνός. *Ο πρωτοπόρος Λαογράφος*. Xanthi, 2000.
- ΠΑΠΑΧΡΙΣΤΟΔΟΥΛΟΥ, Π., *Γεώργιος Βιζυηνός 1849-1836. Αφιέρωμα*. Atenas, 1964.
- PERI, M., “ΤΟ πρόβλημα της αφηγηματικής προοπτικής στα Διηγήματα του Βιζυηνού”, *Ελληνικά*, 36 (1985), 286-316.
- PECKHAM, R. S., “Memory and Homelands: Vizyinos, Papadimantis and Geographical Imagination”, *Kambos. Papers in Modern Greek*, 3 (1995), 95-123.
- , “Between East and West: the Border Writing of Yeorgios Vizyinos”, *Ecumene*, 3/2 (1996), 167-180.
- ΠΑΛΑΜΑΣ, Κ., *Απαντα*, t. II, 150-162; t. VIII, 484-502.
- ΡΟΖΑΝΗΣ, Σ., “Ο σωσίας. Μια ανάγνωση του ‘Μοσκώβ-Σελήμ’”, *Εξώπολις*, 5 (1996), 46-56.
- SERRANO, M., “En tomo a la traducción de Moskov-Selim de Y. Visiinós”, *II Congreso Internacional de Neohelenistas de Iberoamérica*. Universidad de la Laguna. 28 nov.-3 dic. 2001. (en prensa)
- ΣΑΧΙΝΗΣ, Α., “Γ.Μ. Βιζυηνός”. *Παλαιότεροι πεζογράφοι*, Atenas, 19893, 117-186.
- SIDERÁ-LYTRA, P., “Georgios Vizyinos, Die Folgen der alten Geschichte. Uebersetzung und Erlaeuterungen”, *Greek Letters*, 9 (1995-1996), 113-175.
- , “Ψυχοθεραπευτικά ψεύδη στα διηγήματα του Γεωργίου Βιζυηνού”, *Νέα Εστία*, 143 (1998), 194-196.
- ΣΙΔΕΡΑΣ, Α., “Αυτοβιογραφικά στοιχεία στη διδακτορική διατριβή του Γεωργίου Βιζυηνού”, *Θρακικά*, 11 (1996-

1997) 105- 114.

ΣΙΚΕΛΙΑΝΟΣ, Α. “Γεώργιος Βιζυηνός”, *Ελεύθερα Γράμματα* (1935), 246-262.

SYRIMIS, G., “Gender, Narrative Modes and the Procreative Cycle: The Pregnant Word in Vizyenos”, *Journal of Modern Greek Studies*, 13/2(1995), 327-349.

ΧΡΙΣΤΟΔΟΥΛΟΥ, Μ., *Περιγραφή της επαρχίας Σαράντα Εκκλησιών*. Atenas, 1881, 50-51.

ΧΡΥΣΑΝΘΟΠΟΥΛΟΣ, Μ., “Reality and imagination: the use of the short stories of Yeoryios Viziinos” en R. BEATON (ed.), *The Greek Novel: A.D. 1-1985*. Londres, 1988, 11-22.

———, *Georges Vizyenos entre imagination et memoire*. Atenas, 1994.

ΒΒ.ΑΑ., *Ποιος ήταν ο Γεώργιος Βιζυηνός. Εκατόν έτη από τον θάνατό του*. Atenas, 1988.

VARVARO, A., “La figura della madre in G. Viziinos”, en *La presenza femminile nella letteratura neogreca*. VI Convegno Internazionale di Studi Neogreci, Roma 19-21 Novembre 2001 (en prensa).

ΒΙΤΤΙ, Μ., *Ιδεολογική λειτουργία της ελληνικής ηθογραφίας*, Atenas, 19802.

WYATT, W.F., “Vizyenos and His Characters”, *Journal of Modern Greek Studies*, 5 (1987), 47-64.

MOSKOV-SELIM
La historia de un soldado

¡Quisiera no haberte encontrado en mi camino, me gustaría no haberte conocido! Regaste tú también de amargura mi alma, mi extraño y bondadoso amigo turco, como si no le bastaran a ésta las tristezas que cada día ocasionaba la fortuna de mis congéneres!

Pero lo que pasó, pasó. Tu penosa y demacrada figura, con aquella mirada profunda y melancólica, enturbia mi sueño, vence mi soledad. Tu llorosa y trémula voz resuena quejosa en mis oídos. Debo escribir tu historia.

No dudo que los fanáticos de tu raza maldecirán la memoria de un fiel, porque abrió lo más cerrado de su corazón ante los sacrilegos ojos de un infiel. Temo que los fanáticos de mi propia raza deshonren a un escritor griego, porque no ocultó tu virtud, o bien porque no lo sustituyó en la narración por un héroe cristiano. Pero no te preocupes. Nada de tu valía será minusvalorado, puesto que me confiaste a mí las peripecias de tu vida; y no me remorderá la conciencia, porque, como simple cronista, valoré en ti no al enemigo irreconciliable de mi nación, sino simplemente al hombre. Por ello, no te preocupes. Escribiré tu historia.

Casi había transcurrido el verano. Y era hacia el atardecer. Tras una cabalgata de diez horas, a través de pueblos absolutamente desiertos, llegamos a la sede de la subgobernación V. en la Tracia oriental. Sobre la elevada ciudadela distinguíamos ya los bultos negros de las torres bizantinas desmochadas, y sobre las edificaciones de techo rojizo se elevaban enhiestos los dos o tres minaretes de la villa, blanqueados serenamente por la brillante luz del po-

niente: tuvimos que recorrer unos pocos kilómetros para llegar a aquel viaje que se encontraba frente a nosotros, y teníamos que dar agua a los caballos, para digerirla, según el dicho de los lugareños, el agua, antes de llegar al establo.

- ¿Aquí les daremos agua? pregunté a mi acompañante cuando acertó a distinguir ante nosotros un pequeño riachuelo.

- No, les daremos de beber en el Kainartza, un poco más allá. No se encuentra exactamente sobre nuestra ruta, pero tras un esfuerzo tal merece la pena que conozcas el Kainartza. Se trata de un agua inmortal. Brota de modo torrencial desde dentro de la roca. En breve nos desviamos del camino y, a través de una serie de colinillas en su mayor parte umbrosas, aunque no excesivamente pintorescas, llegamos al lugar que mi acompañante insistía en que yo conociera.

Verdaderamente el Kainartza es una fuente cuya visión es agradabilísima, debe su denominación turca al hecho de que, cuando brota, su imagen cobra con intensidad el aspecto de una caldera hirviente. Sus aguas heladas como la nieve, tan diáfanas que podrían pasar por diamantes líquidos, saltan fosforescentes desde la profundidad de una blanquísima roca caliza, como un atractivo y misterioso murmullo denso, veloz e incansable, tal que si fueran olas que transportan almas de mágicos espíritus, que la Tierra, Diosa Madre, con perpetuo cariño envía desde su seno, con la orden de inundar y desarrollar en la extensa llanura tantas y tantas plantas y florecillas que se hallan expirando bajo los funestos dardos del sol estival.

Y florecía, pues, allí, a ambos lados de la azulada y rumorosa corriente, un extenso oasis, que se componía de un verde paisaje llano en el que sobresalían junto a las aguas espartos y papiros, comida preferida de la «doncella de hermosas alas» y de tantos otros abigarrados insectos y crisálidas. Sauces salvajes de pequeño tronco y denso follaje, erigiéndose por grupos aquí y allá, proporcionaban, según parece, un refugio vespertino a una bandada de tórtolas. La brisa del atardecer traía hasta nosotros sus dulces trinos eróticos, mientras un halcón, situado en lo alto sobre el seco ramaje de un plátano fulminado por un rayo, acechaba amenazante a las alondras alegres y de claro sonido, desparramando el último canto de aquel día, desvanecidas en las alturas de los cielos.

Los campos infinitos en tomo de aquel oasis habían dado ya sus tesoros a las eras de los lugares limítrofes del pueblo V. y, por ello, las afueras, hasta donde alcanzaba la vista, parecían desiertas y abandonadas. A lo lejos tan sólo se oían las flautas de los pastores que conducían a sus rebaños hacia los rediles, para el ordeño.

El ardor del día había sido extraordinario; y como las aguas que fluyen desde la vertiente norte se estancan en el fondo oriental de esta inmensa depresión, la habitual niebla que se levantaba a primera hora o por la tarde comenzó a ocultar las desnudas extensiones en el horizonte, confundiendo en este lugar el cielo con la tierra.

Después de lavarme y beber de la fresquísima fuente, mis ojos planearon sobre aquel paisaje, pensé, entonces, que me había trasladado de repente a algún pequeño oasis de las estepas de la Rusia meridional. Una casita erigida sobre una colina a cierta distancia de la fuente y apenas

visible detrás del denso follaje de dos hayas de largo tronco, contribuía de manera maravillosa al aumento de aquella ilusión momentánea. Este chamizo, de madera clavada más que entretejida en todas sus partes, era una evidente imitación de las pobres viviendas, que los aldeanos rusos denominan “isba”.

Incluso la chimenea de tales cabañas se encuentra todavía clavada por troncos de madera sin pulimentar; y como en aquel momento un blanco humo poco denso subió desde la misma envolviéndose sobre el ramaje de los árboles:

-¿Quién vive aquí? -pregunté a mi acompañante que vivía en aquella zona.

-Moskov-Selim, respondió aquél indiferente.

-¿Será algún ruso que se quedó aquí tras la última guerra?

-Al contrario. Es un turco de aquí. Lo llevaron a Rusia como prisionero, y no nos hizo el favor de quedarse. ¡Es un hombre de siete vidas!

-¿Cómo es que tiene siete vidas?

Sufre desde hace veinticinco años con las guerras y pero no hay quien acabe con él⁴¹.

¿Qué hace ahora aquí?

Se ocupa de este pequeño huerto y vende sus frutos; tiene incluso una vaca y gallinas. Además prepara café y cuece té. Es un chalado.

¡Cómo va a estar tan loco, -pensaba yo, si vive de modo tan prudente!

Sí, -dijo aquél, -¿no oyes que le llaman Moskov- Se-

⁴¹ La expresión griega que se traduce es: *και κόρακας δεν τον ευρίσκει*

lim? Está obsesionado con los rusos. Los turcos intentaron al principio quitárselo de en medio, le acusaron de traidor. Sin embargo, más tarde comprendieron que estaba un poco loco y lo dejaron. Él no quiere verlos; espera que vengan los rusos, dice, y nada más. Los turcos, por otro lado, cuando vuelven de nuevo por aquí y comen, beben, se divierten con él y se mofan de él.

Y antes de que acabara su frase, “¡...helo aquí!”, exclamó. El Moskov-Selim, que te digo. Te ha visto con el «gorro»⁴² y con las botas y sin pensar te tomó por ruso. No te imaginas cómo espera la llegada de los rusos y cuánto se burlan por ello y se mofan de él.

Alto, erguido, pareció el hombre al avanzar hacia nosotros con paso firme desde aquella casita. Parecía ser más que de mediana edad. Sus largas piernas, con toda la sequedad de la tierra, estaban hasta la altura de los muslos hundidas dentro de unas altas botas militares, de aquellas que durante décadas habían vendido los cosacos por decenas de miles a los lugareños, en la época que se marcharon desde Tracia. ¿Amaba, acaso, tanto aquel lugar, que, como no permitía ya a sus pies pisar aquella tierra sagrada, dejaron en su lugar al calzado? O ¿querían tanto el dinero, que prefirieron volver de Turquía con pies más ligeros pero con un monedero más lleno? No lo sé. Lo único cierto es que el calzado de Moskov-Selim ya no podía servir más como representante de pies rusos en territorio tracio.

Tan desgastadas estaban sus suelas, que las plantas de Moskov-Selim habían sustituido desde hacía mucho la originaria piel rusa.

⁴² Se trata del kalpak turco.

Por el contrario, llevaba el turco una faja rojísima alrededor de la cintura, cuyos innumerables pliegues, como vendas sucesivas, cubrían, desfigurándola, la parte superior de su cuerpo desde el abdomen hasta más arriba del pecho. Esto hacía el porte de Moskov-Selim tanto más cómico, en la medida que la vestimenta, que llevaba puesto encima del cinturón y de la camisa, era evidentemente un viejo atuendo militar con dos o tres botones rusos cuidadosamente relucientes, y que conservaba los nudos de los desgastados cordoncillos del cuello y de las mangas. Como remate, llevaba Moskov-Selim sobre su cabeza un elevado fez de soldado, pero sin borla, y atado sobre las sienes por medio de un fino pañuelo verde. No podía existir vestimenta más extraña, ni para los lugareños que tenían tantas pretensiones de modernidad.

¡Dobro-doide, Bratuska!⁴³ -exclamó el turco acercándose con una visible alteración. O sea ¡bienvenido, amigo! Y mientras yo le devolví el saludo a la manera turca, tras haber cerrado aquél sus piernas, y poniendo su porte marcial, devolvió el saludo como un soldado ruso.

¿Cómo estás? -le dije yo-. ¿Bien?

Muy mal, -contestó aquél. ¡Bendito sea Dios! Cogiendo mi mano dentro de su huesuda palma, la agitó con firmeza y placer. Después agachándose hacia mis oídos, preguntó en voz baja y con cariñosa familiaridad, según entendí,

¿Moskov? ¿Moskov?

Fijé mi mirada en él con perplejidad. Aquél, empero, tras guiñar el otro ojo, gesticuló de manera enfática, como

⁴³ En esta lengua en el original

si quisiera decirme: ¡Ya verás! Y si tú no lo confieras delante de este tercero, yo, sin embargo, percibo que eres un ruso, y me alegro mucho de ello.

¡No, Moskov! -respondí yo entonces apenado. ¡No, Moskov!, griego cristiano.

El elevado cuerpo de Moskov, tras ver defraudada de manera dura su esperanza, se desplomó sobre todas sus articulaciones, de modo que el hombre se convirtió desde aquel momento en un palmo más pequeño por lo menos.

Moskov-Selim habría sobrepasado ya los cincuenta, pero parecía mucho más joven gracias a su porte y a su negra cabellera. Extremadamente delgado en el resto de su cuerpo, tenía una cabeza bien desarrollada, en la que sobresalía una frente proporcionada, y únicamente la piel de su cara parecía más pálida y floja de lo normal. Se diría que acababa de convalecer de una larga enfermedad. Su temblorosa y apagada voz y su mirada melancólica contrastaban con su porte varonil. Sus grandes ojos eran ante todo muy simpáticos, coronados bajo unas cejas regulares, pronunciadas y bastante pobladas.

Es curioso cómo algunos rostros, en otro tiempo desconocidos para nosotros, pueden conmovemos en ocasiones en su primera aparición, sin saber la razón; que nos mantuvieran preocupado interiormente, sin conocer por qué, ni con qué fin. Eso fue lo que me sucedió a mí cuando apareció Moskov-Selim.

Atrajo mi simpatía, mi interés, por así decirlo, de repente, con toda la comicidad de su vestimenta. Mientras mi acompañante conducía los caballos por la brida, para que descansasen un poco del camino antes de beber, intenté enterarme por Selim si la pobreza o cualquier otra

razón lo hizo residir allí y estar, como dijo él mismo, muy mal. Aquél, sin embargo, rehuendo la explicación con habilidad, me invitó a tomar un café y me preguntó de dónde venía y qué sabía acerca de una nueva incursión de los rusos en Turquía. Preferí sorber el café junto a las fuentes que brotaban del Kainartza, y no supe realmente qué contestación agradable darle al anfitrión, acerca de los rusos, como me inquirió.

Eludí, pues, el escollo como mejor pude y le abrumé con toda clase de preguntas. A todas contestó con palabras breves, que en lugar de hastiar, acrecentaban todavía más mi curiosidad por conocer todo lo relativo a aquel hombre. Una sola opinión pude formar verdaderamente sobre él: que su desquiciada vestimenta no tenía que ver nada con el mundo de sus ideas. Lo dicho por mi acompañante, que aquel Moskov-Selim estaba loco, me pareció finalmente como un insulto contra mí mismo. El hombre únicamente tenía de extraño que admiraba ciertas cosas de una manera inesperada.

¿Recorriste muchos sitios? -me dijo cuando me preparé para montar. ¿Fuiste a Rusia?

A Rusia únicamente no, -le respondí bromeando.

-¡Ah! Pues entonces no has ido a ningún lado. Entonces, por eso visitaste tantos lugares y volviste atrás de nuevo. Vete a Rusia y verás que no tendrás ganas de dejarla.

¿Cómo es eso? -le pregunte sonriente.

Ahora no podemos conversar, -dijo aquél-. Habéis dado de beber a los caballos y no deben estar parados; debéis montar y que apriete un trecho el correaje para que los animales digieran su agua.

Montamos, espoleamos los caballos y, hasta nuestro

alojamiento, no intercambiamos palabra con mi acompañante. El turco ocupaba mi imaginación. En el pequeño pueblo V. quería pasar un cierto tiempo para distracción y descanso de mis trabajos, que desde hacía tiempo habían ocupado mi mente de tal modo, que no permitían ni un sueño sosegado. Conocedores de ello, los que me hospedaban se retiraron con rapidez tras la cena, con la plausible excusa de que, agotado tras la larga marcha a caballo, necesitaba descanso. Y no se equivocaban acerca de ello, pero ¿quién lo podría creer? ¡Exactamente aquella noche en que esperaba dormir hasta hartarme, tras semejante fatiga, era la noche que la iba a pasar completamente desvelado!

La aparición del turco junto al Kainartza con aquella insólita vestimenta, con su casita rusa, tan insignificante, tan ridícula, si queréis, en cualquier otra circunstancia, consiguió en aquella noche ocupar completamente mi fantasía, hasta tal grado, que involuntariamente y sin quererlo contaba las largas horas de la noche, dando cuerpo a toda clase de suposiciones y extrayendo conclusiones acerca de aquel carácter simpático, melancólico y al mismo tiempo extraño. Loco no está naturalmente, me decía. Ni es desgraciado este ser, a pesar de lo cual la demencia se anuncia ya en la obsesión por el filorrusismo. Realmente una sombra misteriosa a través de las ensoñaciones, traicionada por su mirada melancólica, parece apoderarse de su vida interior.

¡Cuán clara es su conversación! ¡Cuán digna su compostura! Ante su varonil conducta, cualquiera olvida el ridículo de la vestimenta de “arlequín” y no se fija en su inclinación pro rusa. Se asemeja a una altiva cierva que, aun llevando su piel desgarrada por los perros de caza, aun llevando la herida mortal en sus costados, mantiene

todavía la cabeza erguida en el postrero escape⁴⁴ . Pero, ¿qué tiene aquel extraño turco que me desveló y destruyó mi tranquilidad?

Sublevándome especialmente conmigo mismo más que contra el turco, me levanté de la cama en plena madrugada y, tras preparar mis ropas sin hacer mido y de cualquier manera, tomé el camino hacia el Kainartza.

Cuando llegué junto a la fuente, distinguí a Moskov-Selim, barriendo el portal de su particular vivienda. Creo que me reconoció con las primeras luces del alba de pie junto a la fuente, pero ni se extrañó por tan temprana presencia ni mostró interés alguno en esta ocasión por aproximarse a mí. El alba teñía de púrpura ya el horizonte; la brisa y el rocío matutinos aligeraban la pesadez de mi cabeza. Bebí de la fuente y me sentí revivir. Dirigiéndome después con paso lento hacia la casita del turco lo saludé de modo cortés, y:

Me enteré que preparas buen té ua la manera rusa”, -le dije, y he venido para degustarlo. Me gusta mucho el té, cuando se hierve “al modo ruso”.

- Ya que los demás se burlan por su filorrusismo, me dije, empezaré también yo desde aquí y ya veremos adonde llegamos.

El turco se levantó ceremoniosamente con su mano apenas devolviendo mi saludo, y clavó sus grandes ojos, llenos de tristeza y duda sobre mi rostro:

¡Bah!, -exclamó. ¿Qué te hicieron los rusos que no te gustan? ¡Ojalá tuviéramos un poco de té ruso, para que bebieras tú y que bebiera yo! Ven, siéntate.

Echando una ojeada a través de la puerta abierta de

⁴⁴ Nos encontramos aquí ante un recurso literario antiquísimo, que Viziinós tomó las célebres comparaciones homéricas.

la casita, veo -le dije- que tienes un Samovar⁴⁵; parece que esta preparado tu té.

¡No preguntes! -dijo. Jamás tuve porqué concluirlo. El samovar que ves, lo encargué yo y lo hicieron aquí como pudieron. El té que hiervo dentro, no es para ti. Lo hiervo así por consuelo, cuando me pongo a reflexionar. Me gusta cuando me siento solo a escuchar cómo burbujea el agua; ¿no lo crees?

Y, al entrar, sacó una cajita de estaño, para mostrarme su contenido. Agradables aromas de tomillo, menta, de salvia y de otras flores y plantas medicinales del lugar asaltaba mi olfato.

Como el samovar también el té, -le dije.

De hecho, aquel recipiente pegado torpemente y sin estética con muchos trozos de vieja hojalata, se asemejaba tanto al samovar ruso, cuanto Selim a los soldados rusos. Y cuando el mismo Selim -me dije- se moscovice tanto como su té, ningún peligro correrá finalmente Turquía.

¡Adelante!, por tu dios, siéntate, -repitió Selim. Te prepararé un buen café, tengo para ti frutas frescas recién recogidas, y leche. Parece que me lo dijo mi guía que vendrías para que conversáramos. Siéntate aquí en este taburete. ¿Ves este prado allí abajo, cubierto con la bruma? Pues, así son algunos lugares en Rusia. ¡Ay! ¡bendita Rusia!

Selim, mientras tanto, descolgó del bajo tejadillo de la casa una canasta llena de frutas maduras y la colocó ante mí sobre una diminuta silla plegable. Después entró para hervir el café y traer la leche. Los alondras rivalizaban unas con otras subiendo duna tras otra hacia el perfumado cie-

⁴⁵ Objeto de origen ruso que sirve para hervir líquidos

lo. El rumor del gorgoteo de las ondas de la fuente llegaba armonioso a mí; sobre las ramas de la haya, la única tórtola que se quedó sin su comida matutina, se lamentaba de su soledad. La alegre luz del oriente doraba las cumbres de sus colinas a la izquierda y fluía sobre las corrientes que se despertaban, como la sonrisa matinal sobre los labios de una bella doncella. ¿Cómo era posible que hubiera sido engañado de tal modo ayer por la tarde? ¿Qué tienen en común la placentera conversación, este cálido y fragante decorado, con las imágenes mudas, secas y sombrías de los climas montañosos? Ciertamente que en la más lejana profundidad del espectáculo que tenía ante mí, una capa de blanquísima niebla se extendía todavía sobre los llanos pantanosos. Pero, ¿acaso aquella blanquecina capa no es el lecho alado de Titón, desde el que hace poco se levantó la Aurora de rosáceos dedos? Tras unos pequeños instantes las sirvientas de este espectáculo, las auras, arrebatan sus telarañas de lino y de encaje sobre sus alas, y la capa no obstaculiza más la insaciable vista de los pueblos meridionales ¿Tuvieron alguna vez semejante espectáculo las tristes, las umbrías tierras de Escitia⁴⁶?

Me enteré que fuiste prisionero en Rusia, -le dije a Selim, que volvía con el café y la leche. ¡Que el Señor no te vuelva a dar semejante desgracia!

¡Acaba ya con tu blasfemia! -exclamó sorprendido el turco, y poco le faltó para que le cayeran las tazas⁴⁷ de sus

⁴⁶ Esta referencia a Homero es mucho más explícita que la anterior. El autor se sirve de la lengua katharévusa y de las citas arcaicas cuando se encuentra describiendo los paisajes.

⁴⁷ Τσισβέδες procede del turco *cezve* y son las tazas en las que se servía el café turco.

manos. Si quieres mi bien, ¡deséame ser prisionero en Rusia!

¡No puedo entenderte! -dijo yo sorprendido.

Te parece extraño, -dijo aquél-, porque no conoces mi vida. Así parece también extraño para los demás, aunque no se lo dije clara y llanamente. A ti te lo dije. Sea. Si quieres mi bien, deséame ser prisionero en Rusia.

Selim se sentó en el suelo sobre el umbral de la pequeña puerta de su vivienda, y tendió sus largos miembros hacia mí con la característica indiferencia de sus congéneres respecto a tales cosas, de tal manera que podía ver las siluetas de sus pies ocultas a través de sus gastadas suelas. La parte superior de su cuerpo ocupaba ya más de las dos terceras partes de la altura de la puerta. La oscura zona interior de la vivienda se utilizaba como fondo sobre el que sobresalía todavía más la abigarrada y curiosa vestimenta del turco, y la palidez de su rostro. Entonces, por primera vez, me detuve en concreto en la expresión de sus ojos desde cerca. Jamás vi unos ojos tan profundos y expresivos reflejando esa expresión de tristeza indefinible del alma, que los hombres generalmente denominamos “luto del corazón”. Cuando Selim se dio cuenta, que yo, que mientras sorbía la taza de café, estudiaba atentamente su mirada, bajó los ojos y sonrió melancólicamente.

Yo, -dijo él, padecí algo debido a vuestra merced -¡gran milagro!

Que sea “para mejor”⁴⁸-le dije en la lengua de los turcos.

Gracias a Alá es el “hayir”, -respondió aquel y prosiguió tras un breve silencio: Se agitó mi corazón, cuando te vi

⁴⁸ El vocablo original turco es *hayir*, que repite en bastantes ocasiones a lo largo de la obra nuestro narrador.

ayer por la noche; te creí ruso. No me preguntes porqué me pareció. Cuando vi que no querías ser ruso, extraño suceso, dije, tan buena persona y que no seas ruso. Tenías prisa en marcharte; y yo parecía que me daba más prisa todavía. Y sin embargo, una vez que te fuiste, me entró gran pena porque no pude retenerte; me vino el deseo de verte, de hablarte, ¡gran maravilla!

Apenas pasaste con el caballo, y ya te pisé tus talones, como el sabueso. Pero me avergoncé de llamarte; pero, tú, ¡ni siquiera te giraste para mirar hacia atrás! ¡que así haya sido!

En el pueblo pregunté y me enteré de quién eras. Que Dios nos dé “hayir”, dije. Por ello, me arrastraba su aura detrás de ti. Si es así, dije para mis adentros, él volverá al Kainartza. No podía ser de otro modo. Y estaba tan convencido de que volverías, que cuando te he visto hoy no me ha parecido en absoluto extraño.

Fue una conjunción de nuestras almas, -le dije. Tampoco yo pude tranquilizarme antes de volver a verte.

¿De veras? -exclamó Selim con infantil regocijo. Dicen bien, pues, cuando afirman que dos hombres pueden ser tan extraños entre ellos, en cambio sus espíritus sean hermanos.

Y tras bajar un poco la voz, Selim declamó con solemnidad religiosa los versos del poeta persa:

*Desde los fondos oscuros de la tierra
un alma desdichada observa el cielo;
a otra alma mira entre las estrellas afortunadas
que la observa dulcemente.
entre ellas lo saben: son parientes,
pero las separa el Destino inexorable.*

Tú eres un hombre instruido, prosiguió después Selim, retomando la pose anterior. Dime, ¡por tu Dios! ¿No es cierto que también las piedras, que existen en el mundo, si encontraran a alguien que les dijera sus desgracias, se convertirían en más ligeras?

¡Muy cierto! -dije yo-, desconcertado por el modo con el que Selim se expresaba. ¡Muy cierto!

Eso, -dijo Selim, me lo imagino, porque siento que mi corazón se hace más pesado sin cesar por las desgracias, tanto que alguna vez me parece que se convirtió en roca. En otro excepto esta agua helada, que regurgita desde la roca sin vida, no tengo en quién confiar mi pena.

Pero incluso éste, parece, en ocasiones, que no quiere escucharme, y habla consigo mismo más que conmigo, el charlatán, y antes de girarme para verle, pasa y se va.

Si puedo oír tus “desgracias”, Selim-Agá, -le dije, prometo permanecer aquí inmóvil, silencioso, ¿qué dolor oculto tienes en tu corazón?

No tengo nada oculto que comentarte, -me dijo entonces, o ninguna pena que no pudieran escuchar también los demás. Pero, para los demás Moskov-Selim es una persona casi loca, ¿qué quieres que les diga? ¿cómo quieres que me entiendan? Por ello, cuando escuché acerca de tu merced, mi pecho tomó aliento. Tal hombre, dije para mí, será bueno como los rusos. Si le cuentas a él tu pena, es como si lo contaras a todo el mundo. Así nadie podría acusarme nunca más por insumiso, por traidor. Porque, como te tracé anteriormente, así he decidido hacerlo. Si los rusos pusieran de nuevo sus pies en Turquía, yo iré de su parte; seré su aliado; iré a su país y no regresaré, ¿tengo razón? ¿no tengo razón? lo entenderás cuando oigas mi historia.

En este momento he de reconocer que fui injusto con Moskov-Selim aunque fuera por pensamiento. Porque, aunque supiera la razón de su tristeza no podría cuantificarla. Pero el modo en que presentó la cuestión, se relacionaba tan claramente con su atribuida idea obsesiva del filorrusismo, que temí por un momento caer en la trampa de aquel inteligente maniático y me condené a mí mismo a oír cosas no dignas de mayor atención. Al instante, me percaté, sin embargo, que quien me hablaba era turco; pertenecía, pues, a aquella nación cuya característica particular es su profundo desprecio de todo lo que no comulga con su religión y tradiciones, la fijación con ciego fanatismo sobre todo hacia aquellos prejuicios cuyo objetivo es la preservación de la vanidad y orgullo nacionales, y, sobre todo, la aceptación con estoica apatía de los vaivenes de la fortuna en los hechos nacionales y personales. Y sería, pues, muy interesante que se conociera bajo muy diversos prismas qué razones provocaron a Selim a renegar, a rechazar este carácter nacional⁴⁹.

Selim, que permaneció pensativo un tiempo, como si intentara concentrar sus fuerzas, bajó púdicamente su mirada y comenzó a narrar con una voz débil y trémula, que parecía surgir de un instrumento musical estropeado:

- Soy hijo de una rica familia bey. Tenía, además, dos hermanos de la misma madre. Como era el último, y no teníamos hermana, nuestra difunta madre, no sólo no quería sacarme del harén, sino que me vestía como si fuera una muchacha. Quería, como ves, la infeliz, engañarse a si misma y consolarse de su pena, porque ella no tenía hijas. Al

⁴⁹ Aquí ha hablado el Viziinós griego que conoce perfectamente la idiosincrasia turca y ha lanzado hacia ellos una fuerte crítica, olvidándose de sus simpatías por el protagonista turco.

cumplir doce años, todavía tenía los cabellos largos, uñas pintadas, mofletes pintados y vestía ropas de niña. Mi madre se enorgullecía -¡Dios la perdone!- tanto más, cuanto más visible era, que sólo yo le parecía en todo. Yo, mientras era pequeño, aguantaba que me pintaran y vistieran como una muñeca. Pero al mismo tiempo que crecía, aumentaba también mi rechazo por las caricias de las mujeres. Ello producía gran pesar a mi buena madre, porque se daba cuenta, la pobre, que yo era impaciente, que no veía la hora de escaparme de sus manos. A mi padre lo veía raramente; era orgulloso, persona severa y no se acercaba mucho al harén. A mí nunca me tomó a sus brazos para acariciarme; Parecía que le daba asco cuando me veía con los largos cabellos y la vestimenta femenina. Nunca me regaló nada, y siempre me llamaba con motes burlones. Sin embargo, era un hombre-tón; le gustaban mucho los caballos y las armas y se burlaba de los asuntos de mujeres. Yo lo adoraba para mis adentros; deseaba ser como aquél, un jinete armado, tanto más, cuanto más se empeñaban en retenerme en el harem.

Veo que a mi no me quieres, -me dijo mi madre un día, mientras acariciaba mis cabellos, ¡pobre hijo! No sabes que tu padre tiene ahora otra mujer, que ya no quiere saber de nosotros. Si te vas tú también con él, ¡yo me muero! ¿lo sabes?- Pero el padre tiene un bello corcel, -dijo yo entonces, como un niño, tiene también pistolas de oro al cinto, por eso tiene además otra mujer. Bien, -dijo mi madre, tras haber estado mucho rato afligida. El bayram⁵⁰ no queda muy lejos, pequeño mío. Si me quieres como te quiero yo, te compraré también pistolas, y lo que quieras. Prométeme sólo que no

⁵⁰ La fiesta religiosa que celebra la pascua turca posterior al Ramadán.

serás indiferente como tus otros hermanos.

Como dije, tendría doce años, y creo que aparte de la leche que me había dado, nada pudo acercarme tanto a mi madre, como la promesa que me quitaría las ropas de niña y me vestiría con pistolas. Amor, amor infinito es el que sentía por ella; y sólo por este amor hacia ella fue posible que me tuvieran tanto tiempo disfrazado y encerrado. Sin embargo, desde el momento en que me dio a entender que el padre la despreciaba por otra, no sabía con qué modo revelarle mi amor en la mayor medida posible. Nunca me alejaba de ella. Nunca contradecía sus palabras. Cuando me quieres tú, -decía, muchas veces mi madre, ¡Dios la tenga en su gloria!- no siento el desprecio de otros. Mira a tus hermanos, se hicieron como su padre; no tienen corazón en su pecho. Solo tú te pareces a mí. ¡que Dios te conceda su bendición!

El bayram no tardó en llegar, y yo me encontré de repente como un mozalbete con mi firme fez, con un chaleco verde y los calzones con medias bordadas en oro⁵¹, y de acuerdo con la promesa de mi madre, con dos pequeñas pistolitas en mi cinto de seda.

Casi vuelo de alegría. Primero corrí para abrazar a mi padre. Ahora ya no se burlaría de mí. Ahora le agradecería. Pero, cuanta más alegría llevaba, con igual tristeza me recibió, cuando me vio y agrió su austero rostro, y dijo que no sabía caminar como un niño.

Me decía algunas veces a mí mismo: si no me quiere el padre de igual manera que mis hermanos, tienen la culpa mis vestimentas de niña. Esperaba, pues, que me tomara a bien, ahora que me había vestido como aquél, que cabalga-

⁵¹ Describe aquí Viziinós un atuendo típico de su región tracia natal.

ba ufano en mi potro e iba a la escuela. Nada. Siempre era yo el inútil, el cobarde, el asqueroso. Hiciera lo que fuera, siempre tenía yo la culpa. Mi corazón se derretía cuando observaba que mi padre de ninguna manera quería amarme. Y no sólo eso. Se enfadaba cuando veía que mi hermano mayor no dejaba al mediano que me maltratara.

Por el contrario, mi madre, que se enteraba de todo, intentaba retenerme lo máximo posible con ella en el harén, con la excusa de que me tomaba la lección. Era de familia importante y sabía letras. Y yo también quería estar entonces junto a ella, porque me daba cuenta de que era infeliz y porque ella obtenía gran consuelo cuando estábamos juntos, y podía contarme cuantos sinsabores le daba la segunda mujer de su marido. Mi corazón goteaba sangre cuando las oía, pero nunca decidí enfrentarme con nadie, defender a mi madre por la injusticia que padecía, puesto que mi único deseo era que me quisiera mi padre. Así pues, hacía lo que sabía que le iba a agradar, y, ante todo, me esforzaba por ser igual que nuestro hermano mayor, por el que el viejo sentía mucha debilidad. Se le parecía a mi padre hasta los cabellos, pero era muy blando, un joven de mucho corazón. Muchas veces lo escuché alabarme ante el padre, muchas veces intentó introducirme en su corazón, pero resultó imposible. Llegué a ser un mozo de dieciocho años y no había escuchado un solo halago de los labios del padre. Entonces, un día vinieron para sortear soldados y salió en suerte mi hermano mayor.

Me alegro mucho, me alegro mucho, -dijo el padre, cuando le dimos la noticia. El Serasker⁵² está emparentado

⁵² Comandante en jefe de las tropas otomanas.

con nosotros, y ya que tu destino⁵³ era ser soldado, quiero que seas alguien grande en los asuntos militares. Enviaré una carta al Serasker y harás lo que te ordeno.

Mi hermano quedó demacrado, y, mientras estaba ante él, con las manos cruzadas, temblaba como una hoja. El padre, como dije, lo amaba por encima de los demás hermanos, pero era severo, un hombre duro; lo que quería, se debía hacer.

No es algo que nadie pueda temer, -continuó diciendo el padre, cuanto si está escrito que alguien muera con el plomo, aunque en el fondo del mar se esconda, con el plomo morirá. Escucho fuera tronar el *tumpeleki*⁵⁴, los reclutas se reúnen para divertirse. Hala, ve a encontrarte con tus camaradas.

El sudor goteaba por el rostro de mi hermano, sus ojos estaban profundamente nublados. El padre no se giró para mirarle. Si no hubiera alcanzado a poner mi mano por debajo de su axila, para sostenerlo se hubiera caído desmayado allí mismo. El padre giró su rostro hacia otro lado, se levantó del diván, y sin añadir nada, sin dar las buenas noches, se fue al harén. Nunca había ido tan temprano al harén.

Atardecía; los tambores sonaban cada vez más cerca; se oían voces: “¡Larga vida al Sultán!” Se escucharon fuera de nuestra casa violines y laúdes, ¡venían a recogerlo! Mi hermano se abalanzó a mi cuello, ocultó su cara en mi pecho, y con algunas lágrimas que desgarraron mi corazón, con una voz muy profunda y desesperada: “¡no voy! -dijo-. Me matarán en la guerra. ¡No soporto irme!”

⁵³ Del turco *kismet*.

⁵⁴ *Dümbelek* en turco. Se trata del tambor.

¡No te desesperes!, -le dije-, señor mío, todavía hay tiempo hasta que te vayas; el padre puede aún rescatarte pagando; y si no lo hiciera, yo iré en tu lugar; ¡no temas!

El estruendo llegó arriba de la escalera; la bandera verde, el emblema⁵⁵ del ejército, apareció al frente. Los reclutas a continuación. Algunos estaban borrachos de vino y opio; otros estaban borrachos sin haber bebido nada. Sin embargo, todos parecían contentos aunque no lo estuvieran en absoluto.

¡Ven, hermano Hasán!, -exclamó el portaestandarte, un hombre bajo, rechoncho y de mal carácter. El Reino nos concede ocho días de plazo, para pasarlos como queramos, antes de entrar a filas. Ven si le has echado el ojo a una bella griega o tienes hostilidad⁵⁶ hacia algún infiel⁵⁷; ahora es tiempo de desahogar tu resentimiento. Lo que haga uno ahora, todo se perdona.

¡Pobre hermano mío! Se parecía a mi padre en el aspecto, duro y fiero por fuera, y nadie podía imaginar cuán blando, cuán dócil era de corazón. Y venían para tomarlo como jefe para las palizas y atropellos, para los robos y fechorías que pensaban hacer.

Los violines tocaban abajo en la entrada, los siervos se juntaron todos dentro de la sala; mi hermano estaba amarillo como la cera. El portaestandarte lo cogió y le habló aparte. Si fuera yo, jamás me llevarían con ellos. Pero mi hermano no tenía voluntad. Cuando los vio a todos con tanta falsa bravuconería, parece que se entregó a su suerte.

⁵⁵ Del turco *bayrak*.

⁵⁶ Traducción del vocablo turco *karezi*.

⁵⁷ Del turco *giaur*, ateo.

Agachó su cabeza y les siguió. No importa, me dije, que vaya con ellos a divertirse. Se animará. Ya que lo quiere el padre, no hay modo de que no sea soldado. Aquella noche no vino a dormir a casa; y como le dio tiempo también se fue con ellos mi otro hermano; yo, el pequeño, no podía faltar en el “selamliki”⁵⁸. Los timbales tronaban toda la noche y dos veces envié a los siervos para comprobar no fuera que lo hubieran emborrachado de mala manera. No hubo nada hasta la medianoche.

A la mañana siguiente temprano salí a recogerlo, porque sentí que mi otro hermano había regresado solo y se había acostado en la cama. No había ido muy lejos, cuando apareció ei portaestandarte con unos cinco o seis TecYutas detrás de él, con las cabezas caídas: “¡esta pared es mía, esta mía, esta tuya!”. Tan borrachos estaban.

¿Dónde está mi hermano Hasán?, -le pregunté.

¡Se fue al diablo!, -bramó aquel, muy ronco-. ¡Dejó a sus compañeros y se fue al diablo!

Me disponía a avanzar, cuando vi al siervo de un joven rico.

Mi hermano estaba ayer por la tarde con tu señor, -le digo-; ¿sabes donde están ahora?

Todavía sigue con aquél,- respondió y guiñó maliciosamente un ojo.

- Pero, ¿dónde están?, ¿ en vuestra casa⁵⁹ ?

¡Dios, nos libre! -dice éste, ¿qué pintan dentro de la jaula estos pájaros revoloteadores?

No tengo ganas de escuchar tus asquerosidades, -le

⁵⁸ Del turco *Selámlik* que significaba la sala que ocupaban exclusivamente los varones.

⁵⁹ *Konak* en turco hace referencia a una residencia oficial

digo entonces. ¿Sabes decirme qué le ha pasado a mi hermano?

Lo sé -dijo aquel entonces con insolencia-. ¡Se hizo desertor!

No acabó de pronunciar la palabra y le agarró de la nuez del cuello con tanta fuerza, que sus ojos salieron como huevos de sus órbitas.

¡Perro, -le dije-, retráctate de esta blasfemia, o si no te mato!

¡Ay, ay! -farfulló aquel medio ahogado; suéltame y no lo diré. No se lo he contado a nadie más.

Ven aquí, miserable, -le dije entonces, y lo arrastré dentro de la casa.

Yo no tengo la culpa de nada, -dijo: soy un siervo e hice lo que me ordenaron; preparé los caballos y los guardaba en las afueras del pueblo; las restantes cosas necesarias las traje tu segundo hermano. ¿No te dijo que le ayudó a escapar? Pasaban dos horas de la medianoche cuando los despedimos.

Le puse un florín en la mano, y le dije: “mira bien, si me entero de que te fuiste de la lengua, ¡date por muerto!”

Dos o tres horas más tarde estaba ante del consejo militar y ofrecía mi versión oral: “Como mi hermano mayor es indispensable para mi familia, vengo yo para suplirle, según el derecho que me otorga la ley y la costumbre del lugar”.

La reputación de nuestra familia era grande; mi padre, si hubiera querido, podía haber rescatado a mi hermano. El consejo, pues, no deliberó mucho; el secretario borró el nombre de Hasán y escribió el mío. Juré fidelidad al Sultán y a la bandera, y mientras salía por la puerta pen-

saba de qué manera se lo contaría a mi padre. El viejo era un hombre de honor, orgulloso, una persona rara; la vida no valía nada en comparación con su reputación. A los ojos de la gente salvé nuestra reputación; nadie tenía el derecho de llamar mi hermano era un desertor, puesto que yo era el recluta. Pero, ¿el padre? El padre veía las cosas a su manera. ¿Cómo se tomaría lo ocurrido?

Mientras estaba yo en tales pensamientos y bajaba la escalera, se abalanzó un correo dentro del patio de la comandancia. Su caballo estaba bañado en sudor “Orden real: que los reclutas se movilicen en este instante hacia Adrianópolis”. Me llamaron, me retuvieron y ordenaron reunirme junto a los demás.

Entonces no sabía todavía qué era ser soldado. “¡Un minuto!, les rogué, para ir a saludar a mi madre”. “¡Imposible!” Los rostros de todos estaban serios: el oficial que llegó para el sorteo dijo: “¡Que Dios te proteja!”

El correo había venido de la capital; le preguntaron las novedades; en breve tiempo las supo la gente. “Ha estallado la guerra con Rusia” -era la guerra de Crimea que había comenzado.

Con la lista en la mano, el comandante apretujó a los reclutas uno a uno dentro de un establo; a mí me pusieron allí dentro de los primeros. Parecía como si alguno de nosotros hubiera matado a su padre; de tal manera nos miraba. Cuando lo pienso ahora, me atrevo a decir que no he odiado, no puedo odiar a nadie en el mundo más que aquel malhechor.

-¡Un momento, un momento! Esto es vida o muerte. El que se va no sabe si regresará. ¡Un momento para besar la mano de mi madre, para recibir su bendición!

-Imposible, imposible.

Cuando nos sacaron del patio para iniciar la marcha, distinguí a mi hermano mediano, entre el gentío que vino para despedir a sus allegados. No sabía qué hacía yo mientras tanto, y se extrañó de que estuviera en la fila de los reclutas.

El padre -dijo cuando se acercó a mí- me entregó una carta y un monedero para dárselos a Hasán: me ordenó que le dijera que le envía su bendición desde el fondo de su corazón, para que se muestre digno hijo suyo, para que no le avergüence. Quiso venir en persona a despedirlo, pero el hecho sucedió de modo muy repentino y tuvo miedo que su corazón no le aguantara y que la gente dijera que se entristeció porque su hijo se ha ido a la milicia. ¿Dónde está Hasán?

Tú sabes muy bien que el *señor*, mi hermano, está allí donde no debería -dije yo entonces-, y es gracias a tu connivencia. Pero, como ves, su sitio no está vacío. Y si en esta ocasión no quieres encontrar tu ruina por el deshonesto favor que le hiciste, escucha lo que voy a decirte. Los gendarmes serán enviados tras los desertores con una orden estricta para prenderlos. Tú que sabes su refugio, corre para salvar a nuestro hermano. Nadie sabe que es desertor, porque yo, antes de ser aquél llamado, di el parte⁶⁰ y fui aceptado, tal como me ves, en su lugar.

Dile, pues, que regrese enseguida, no sea que averigüen que ha huido para salvarse y el nombre de nuestra familia quede mancillado. Al padre dirás que le beso su mano con lágrimas, y que le pido su bendición; dile que yo le rogué

⁶⁰ Del turco *takriri*

a Hasán que me dejara marchar en su lugar. Sabía cuánto lo amaba el padre y no quería que se privara de él en su vejez.

Apenas le había dicho esto, cuando de repente sonó la trompeta. Los dos hermanos nos abrazamos con lágrimas en los ojos -¡quién sabe si volveremos a vemos!- la trompeta sonó una vez más, y los oficiales montaron en sus cabalgaduras.

Toma este anillo -dije-, y dáselo a mi madre ¡Cómo hubiera querido que fuera una mujer humilde, de las que abrazaban a sus hijos entre todo el gentío, para poderla ver una vez más antes de marchar, para escuchar la bendición de sus santos labios! Pero es una señora, hija de un gran bey, no puede salir de harén ni a mí tampoco me dejaron ir. Dale el anillo. Cuando vea el diamante que brilla entre el oro, que se acuerde de mí, que se imagine que ve a su hijo.

La trompeta sonó por tercera vez. Delante de la puerta del patio un imán degolló un cordero, y derramó su sangre en nuestro camino; luego alzó sus brazos para orar dentro de su corazón y bendecimos. En un silencio sepulcral, se escuchó de repente el tambor ágil y salvaje, se alzó la bandera verde, y todos gritamos de corazón: “¡Larga vida al Sultán!”

Así, como me ves, entré yo en el ejército. Es cierto que no lo encontré en orden desde un principio como lo esperaba; pero nadie me puede acusar que jamás cumplí con mi deber. Incluso el comandante, quien nos levó, una persona te digo, que si cogieras su nariz, gotearía veneno, incluso aquél tras dos o tres días de marcha comenzó a mirarme con buenos ojos. No quiero contarte una a una las

cosas que me pasaron por la cabeza durante el tiempo que duró la guerra de Crimea. Las fatigas, privaciones y sufrimientos las he hecho por la gracia⁶¹ de mi *señor*, el Sultán, por *halali* también derramé la sangre delante de Silistra⁶²; por *halali* hacia él lo hice, como la madre lo hace al hijo con la leche que le amamanta. Solamente una cosa se me quedó como una piedra en mi corazón -fue lo primero que me amargó-, y eso no lo puedo olvidar. Una vez que echamos a los rusos de Silistra, me encontré con que tenía una fea herida, que no podía curarse sola como había sucedido con las demás. Me levantaron dos individuos y me llevaron al hospital, dentro de la fortaleza. Debí de perder mucha sangre, porque me desmayé y durante muchos días estaba inconsciente. Apenas comencé a sentir y entender qué dicen a mi alrededor, oigo que dos o tres que estaban sentados allí cerca de mí refieren mi nombre repetidamente. Presto más atención y era el relato de cómo resulté herido para salvar la bandera de las manos del enemigo, luego cuando cayó el portaestandarte y el comandante pálido nos abandonó, rodeados por el enemigo, y huyó. Parece que desde ese momento me curé más con la historia que escuché que con las pomadas y vendajes. ¡Mejor hubiera sido morir entonces con semejante satisfacción! Un médico, creo que era un europeo, me dio a entender que habían escrito a nuestro señor, al Sultán, para que me impusiera una medalla por mi herida, cuando mejorara y me levantara, porque

⁶¹ Traducción del turquismo *halel*, justo, válido, convertido en griego con la forma *χαλάλι*. Viziinós la emplea con profusión.

⁶² O Silistria como se la conoce en griego. Ciudad portuaria del Danubio búlgaro, en la actual frontera entre Bulgaria y Rumania. Fue una de las peores derrotas del ejército turco frente a Rusia, en la llamada guerra ruso-turca de 1877-1878. Rusia la cedió posteriormente a Bulgaria.

era buen mozo. Pero todo ello eran engañosas para que me curara cuanto antes.

Cuando curé de mi herida y salí del hospital, veo al pálido comandante, el desertor ¡No debía haberlo reconocido!. Le ascendió el Serasker tres grados y le colgaron una gran condecoración, por salvar la bandera de las manos enemigas. Apenas me reconoció, me hace una seña para que me acercara.

Hoy -dijo- marcha un destacamento a los Balcanes para construir fortificaciones. Irás también tú para excavar tierras. ¡Ea, que no te vean mis ojos nunca más!

¡Esta fue mi recompensa y condecoración!

El médico europeo me lo reveló. Los tres grados de ascenso y la medalla fueron enviados por nuestro señor el Sultán para quien salvó su bandera de manos del enemigo. Pero aquel comandante venenoso era pariente de una favorita del Serasker, y no sólo no fue castigado como desertor, sino que fue condecorado y ascendido. ¡Con la sangre que yo derramé, mientras aquel huía!

El tiempo que permanecí enfermo pensaba escribir a mi padre contándole que incluso yo logré algo en la guerra, y estaba seguro de que se ocuparía de mi ascenso. Era un hombre que amaba la hombría y la valentía; el Serasker estaba emparentado con nosotros, y lo que había prometido mi padre a mi hermano mayor, cuando fue sorteado, podía concedérmelo ahora a mí. Pero cuando supe lo que era tener al Serasker por familiar, dije para mis adentros: "lejos". Mejor hacer primero mi deber en la línea de combate, porque soy consciente de que nadie me va a proteger más que Dios y mi destino, que tener tal protección. ¿Quién sabe? Puede que en el fragor del combate me traiga el diablo a la

mente que tengo como pariente al Serasker, y que traicione mi deber, ¡y me convierta en desertor! Y tras esto, puede que el Serasker ordene que me den la medalla y los galones a mí, su pariente, mientras el valiente que salvó el honor del Estado y la bandera de la religión, no sólo se quede sin recompensa por ello, sino que padezca desprecio, como me ocurre a mí, a quien le han quitado de las manos la espada y el fusil y le han dado una cesta y una pala. ¡No! Sé cuanta venenosa amargura hay en esta injusticia. ¡No quiero que la beba ningún otro! Si hay que ganarla, quiero que sea por mi valía, y no por favor o protección. Tales reflexiones me impidieron entonces escribir a mi padre. ¡Ojalá le hubiera escrito! ¿Quién sabe? Tendrían noticias al menos de que estaba vivo ya que desde aquella época en adelante, me salió todo tan a la contra que no fue posible enviar una carta a mi patria.

Siete años completos serví a la monarquía entonces y siete perras no había juntado en mi monedero cuando me dieron el permiso para volver a mi casa. Y no digo esto con pena. Nosotros y nuestras propiedades, vida y hacienda, son propiedad de nuestro *señor*, el Sultán y es una cuestión de honor y felicidad cuando se usan en su servicio. Pero el Sultán, por compasión y piedad hacia su pueblo, ordenó a cada soldado que, del mismo modo que el gobierno⁶³ lo sacaba de la puerta de su casa, así lo devolvería de nuevo y lo dejaría en la misma puerta. A mí me dejó prácticamente desnudo y descalzo, a doce jomadas de camino lejos de mi tierra ¿Qué querías que hiciera?

Prefiero no contarte lo que padecí hasta llegar a mi casa. Tres o cuatro veces me encerraron esos estúpidos

⁶³ Traducción del turco *devlet*, helenizado como *ντοβλέτι*.

funcionarios del reino, porque no sabían leer la carta que llevaba en mi mano y me tomaban por ladrón; tres o cuatro veces intentaron matarme por espía. Finalmente yo, que fui tan ufano, tan entregado y con tan doradas esperanzas al servicio militar, volví amargado y humillado a mi tierra, no con la medalla que merecí en el fragor de la batalla, sino con las hendas en el pecho y con el hatillo del mendigo bajo el brazo. Esto naturalmente no lo querría jamás mi *señor*, el Sultán, y no estaba obligado a padecerlo. Y sin embargo...¡ojalá hubiera ocurrido sólo esta desgracia!

Cuando entré en nuestro patio, nadie me reconoció; pero créeme, tampoco yo reconocí a nadie, incluso los propios edificios eran irreconocibles. En mis tiempos, a cualquier punto que dirigieras tus ojos, las cosas que miraras te dirían que aquí dentro mandaba un *señor* severo, alguien que amaba el orden, la belleza y la tranquilidad. Todo lo contrario ahora. Las fuentes de la casa se habían secado; los goznes de las puertas habían enrojecido por el óxido, y a la entrada de la casa nadie estaba erguido como antaño con las manos cruzadas, listo para abrirle a su señor la puerta. A los siervos, únicamente los escuchaba gritar desvergonzadamente insultándose y riéndose como posesos; pero nadie apareció, para ver, para ir o para anunciar. Alterado, con el corazón encogido y con los ojos empañados, ascendí la escalera de la casa y me encontré en el salón, donde acostumbraba a estar sentado el padre a esta hora. No había nadie dentro. A pesar de todo una gran angustia se liberó de mi pecho y respiré. Sus armas pendían del muro; el *komboloi*, su pipa, las cosas que estaban antaño a su alrededor, se encontraban allí: ¡no le había sucedido nada malo a mi padre! Debido a mi alegría, no reparé en

que todas estas cosas llevaban bastante tiempo ya recubiertas de polvo, y no me apercibí de mi viejo criado, que se frotaba sus ojos ante mí para asegurarse si era yo o más bien soñaba.

Soy yo, Sakírbaba -le dije-; ¿por qué frotas así tus ojos?

¡Grande es Dios y grande es el Profeta! -exclamó el viejo lleno de sorpresa, y se le cayó de las manos el bastón que le sostenía. Si eres tú Selim, mi *señor*, golpea y toma mi alma. Por ello alargó Dios mi vida: para que alcanzara a verte en tu casa materna, con el hatillo del mendigo bajo el brazo.

No es nada -le dije-, viejo, no es nada. Podía haber llegado todavía peor de lo que me ves. Dios así lo quiso. Quién sirve al rey y al Sultán, nuestro *señor*, de manera fiel y dignamente, ¿puede regresar de mejor modo a su casa?

Mil veces que no hubiera pasado. Mil veces, niño de mi alma ¡Ojalá no hubieras prestado tal servicio a la monarquía, para que no hubieran visto mis ojos cuanto han visto hasta ahora!

Estaba escrito, Sakírbaba -le dije entonces-. ¿Dónde está mi hermano Hasán? ¿Dónde está mi padre? Ve a dar la noticia a mi madre al harén, que me envíen mis ropas, que calienten el baño. Y dile a Hasán, si quiere, que me haga compañía en el baño. Encuéntralo y envíamelo. ¿Me oyes?

¡Ay, Selim, Selim! -dijo entonces el viejo, y parecía que su voz se desvanecía en su pecho. ¡Ojalá fuera posible, aun con el sacrificio de mi vida! Entonces, ¿no sabes nada?

-¿Qué quieres que sepa? Eres el primer hombre que veo en nuestra casa desde hace tantos años.

-Entonces es mejor que Dios me empujara ante ti an-

tes de cruzarte con ninguno de los hombres de tu padre, ni siquiera con tu mismo padre, para que envenenaran tu corazón, no sólo por aquello que sucedió, sino también por lo que no sucedió.

¿Pero qué es lo que pasó? -le dije-. Habla rápido. Veo ha sucedido alguna desgracia. ¿Qué ha pasado?

Lo que no sucedió -dijo entonces el viejo, es lo que cuenta tu padre y su pequeña esposa de que tú eres la causa, tú eres el culpable de lo que pasó. Lo que pasó... ¡Dios es grande y grande es el Profeta! No te desesperes. Siéntate en el diván; te voy a contar mientras aguante mi agrietado corazón; te lo diré, ¡no tiembles! Siéntate. Aquí nadie viene, nadie escucha. Desde el tiempo en que tu padre tiró todo por la borda, aquí ninguno de los siervos pregunta por nada, nadie se mantiene solícito ante el diván. Dios le ha privado de la luz, lo tienen embrujado a tu padre, hijo mío, y se ha instalado dentro del harén. ¡Aquel al que conocías! Y entregó sus barbas a las manos de la pequeña señora, tu madrastra.

¡Sakírbaba! -le dije entonces-. ¿Por qué me zahieres de este modo tan cruel? ¿Por qué arrancas hoja a hoja mi corazón como si fueras mi peor enemigo? Una gran desgracia ha ocurrido en esta casa; dímela inmediatamente. Deja las historietas de mujer y los encantamientos.

¡Ay, hijo de mi alma! -exclamó el viejo entonces y se echó a llorar-. Tu hermano Hasán...

- ¿Ha muerto mi hermano? ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

¡Ojalá hubiera muerto! -respondió el viejo y el riego de mi corazón se paró para escucharlo.

¡Ojalá hubiera muerto! -continuaba el viejo-, igual que cayeron tantos y tantos señores a manos de sus fa-

mi-liers, cuando se cumplió el plazo que les trazó el Creador al darles el alma para entrar en el mundo! ¡Ojalá hubiera muerto, como murió también mi mozo sobre la tierra de Crimea, con la espada en la mano por la religión y por el Califa, para que tengamos el consuelo que ahora disfruta la gracia y su belleza entre las plantas y flores del Paraíso! ¡Ay, ay!, señor de mi alma: a Hasán, tu hermano, lo mataron...¡lo mataron de la manera más injusta!

La voz de Selim se ahogó en la garganta mientras contaba estas cosas. Sus lágrimas fluían.

No esperes oír de mí -prosiguió el turco tras un largo silencio, qué terrible golpe supuso esto para mi corazón. Confieso que hasta aquel instante estaba temblando por si tenía que escuchar que mi madre sufría o que le había sucedido algo. Y cuando escuché la muerte de mi hermano, se lo agradecí por dentro a Dios, que se había apiadado de mí como para conservarme a mi madre. Te dije cómo me separé de ella, te dije cuánto la amaba, cuánto dependía su vida de mi amor. Pero cuando escuché que mi hermano había muerto y el padre pensaba que yo era el causante de la desgracia, mi pena, mi sorpresa me petrificó allí mismo.

El viejo criado era un alma noble; nos quería con todo su corazón. Él nos sacaba a la calle cuando éramos niños, nos llevaba a la escuela y nos traía. En él incluso mi madre confiaba, cuando quería saber de qué manera nos trataba el padre, o bien cuando quería anunciarnos o enviarnos algo; cuando crecimos y ya no nos estaba permitido entrar en el harén; por ello estaba más entregado a nosotros y a mi madre, que al padre y a su segunda mujer. Cuando contuvo el llanto, entonces pude enterarme de lo que había sucedido en nuestra casa desde el momento que

la dejé y partí. Lo explico con brevedad.

Apenas nos marchamos los reclutas, como dije, de modo apresurado, se presenta mi padre ante el juzgado y acusa a mi hermano Hasán por desertor de la milicia, por insumiso!

El juez y el muftí le aclararon que Hasán no podía ser declarado insumiso, porque yo, su hermano, había dado la palabra de manera oficial y lo había reemplazado según la ley y la costumbre.

- Tengo testigos insistía mi padre de que mi hijo, con obligación de prestar el servicio militar, se fugó a las montañas con otro compañero por la noche y no ha regresado hasta ahora. ¿Quién tiene el derecho, el derecho legítimo, de reemplazar al insumiso? El recluta, naturalmente. Pero mi hijo, desde el momento que huyó, es un insumiso; y puesto que no me es posible soportar semejante afrenta en mi familia, pido que mi hijo sea aprehendido, como todo insumiso, que sufra doble castigo, y que sea obligado a cumplir su deber encadenado. ¿Cómo? ¿El pie de un enemigo pisó la tierra del Sultán, nuestro señor, y un mozo, que hasta ahora se ha criado con los bienes que nos proporciona la misericordia de nuestro *señor*, que creció con su ejemplo, se hace insumiso y se da a la fuga? Si no enviáis tras él a los oficiales de caballería, si no lo capturáis, acusaré al mismo Serasker del delito. En cuanto a Selim, su hermano, podía haber reemplazado a alguna chica en sus deberes, pero no a mi Hasán en la guerra. Lo que hizo, lo hizo por su cuenta. Ni tolero ni reconozco nada. Infringió la ley y ocultó al desertor; es vuestro deber castigarlo.

Los más salvajes, los más sanguinarios gendarmes fueron enviados a las montañas donde suponían que se

habían refugiado Hasán con su compañero. No necesitaron mucho tiempo para encontrarlos; pero los jóvenes estaban armados y resistieron. El compañero de mi hermano tenía poderosas influencias y estaba seguro de que, nada tenía que temer hiciera lo que hiciera; bastaba no ser capturado mientras el reino tuviera necesidad de soldados. Por ello resistieron desde las elevadas rocas, e hirieron a un gendarme. Entonces los restantes se lanzaron contra ellos como perros, sitiaron a los jóvenes detrás de una roca y, cuando acabaron con las balas, se abalanzaron con la espada en la mano. Uno de los jóvenes pudo escaparse inadvertidamente por un desfiladero; a mi hermano lo hallaron apoyado en su guarida, chorreando sangre, muerto. La bala le había perforado la frente, en el momento que apuntaba.

Cuando mi padre conoció la noticia, no mostró ninguna pena.

Es Dios quien ha triunfado -dijo-; que los demás tomen ejemplo. Lo escrito no se borra. Estaba escrito que moriría por el plomo. No fue a la guerra y fue a la perdición. Marchad a cavar su tumba.

Pero apenas lo enterraron y su lugar quedó vacío, mi padre comenzó a cambiar, -dijo el viejo sirviente-. El, que era tan severo en su casa, que tenía sus propiedades tan atendidas; él, que jamás puso alcohol en sus labios, ahora se había convertido en alguien para verlo y llorar. Ni sus tierras conoce, ni su casa le preocupa, se sienta solo desde la mañana hasta la medianoche con su botella de rakí delante, está sentado como un holgazán en el harén.

Tu hermano mediano se casó y se marchó hace cinco años. Tu madrastra encontró la manera de convencerle para que escribiera cuantas propiedades tenía en su nom-

bre. Lo sabes, no tiene hijos y, desde el momento en que sucedió la desgracia de tu hermano, no hace otra cosa más que asegurar a tu padre que tú engañaste a tu hermano para que huyera a las montañas, para herir su orgullo, para mostrarle que el hijo que amaba no se le parecía; para ser un obstáculo en su futuro, en su progreso y otras cosas así y peores. Y aquél las cree, puesto que no escucha otra cosa. Es como para estar en algún lugar y verle en el harén ahora, hecho un anciano con la barba como la nieve, estar sentado a contemplar cómo danzan desnudas delante suyo las esclavas que aquella le traía, aceptar que lo besen y acaricien y que le canten las canciones que aquella les enseñó, solo para hacerle adicto a la bebida y al desenfreno hasta que cierre sus ojos y ella coja a otro de su edad.

¡Oh! ¡Mi pobre madre! -dije yo entonces-; me imagino cuánto veneno tiene que beber por todas estas cosas, mi buena madre.

En cuanto a esto no tengas ningún cuidado, -dijo el viejo profundamente pensativo. Aquella, por la gloria de Dios, no teme ya por amarguras. Cuando te marchaste de esa manera sin que te viera ni te hablara me llamó y me lo dijo: "yo, Sakírbaba, me dije, no voy a aguantar esta crueldad". Después llegó la desgracia de su otro hijo -¿quién sabe? Era una buena, santa mujer; así lo dijo y así sucedió. Parece que cada día le quitaba un poco de vida y de salud y la acercaba a la tumba... Cada poco me llamaba y me preguntaba por la guerra, qué se decía y qué nuevas llegaban de ti. Tú, sin embargo, cuando te fuiste, no quisiste saber nada. Y no hubo noticia tuya hasta hoy... Yo le hablaba y la consolaba.

Un anillo de diamantes que tenía en su dedo pare-

cía que le confundía cada vez más. Son las lágrimas en tus ojos, señora, que no te dejan ver cuando brilla -le decía-. Pero aquella no lo creía.

- No es nada bueno esto. La vida de mi hijo corre peligro. Está herido; ¡está moribundo! Y a medida que se apaga la vida en sus ojos, tanto más borroso le parecía a ella el anillo.

Un día - lo recuerdo como si fuera ahora - me llamó de nuevo para que le contara qué noticias habían llegado de su *señor*, su hijo.

Alguien que había bajado de Tusa -le dije y entonces para consolarla, nos trajo la noticia de que los rusos habían sido derrotados y que nuestro *señor* Selim había recibido una condecoración del rey y una graduación superior.

¡Para qué me sirve! -dijo aquella, y sonrió con su dulce rostro, como un ángel que está triste-. A mi se me desesperan mis ojos de mirar los caminos por donde vendrá mi hijo. ¡No puedo ver ya claramente si brilla el anillo que me dejó! Posteriormente lo sacó de su blanco dedo y lo dio a la circasiana que estaba sentada junto a su cabecera.

Toma, -le dijo a Meleika-. Te compré como esclava; me quisiste y me cuidaste por mí como si fuera tu madre. Ante Dios y estos testigos, eres mi protegida, te otorgo la libertad. Yo no tuve la fortuna de volver a ver mi luz, mi amor, el pájaro de mi corazón. ¡Cuida el anillo que te entrego como a tus ojos! Si eres más afortunada que yo y llegara mi hijo, mi señor, te dejo en mi lugar para quererlo y cuidarlo. Ha estado fuera de nuestra tierra y quiero que cuando vuelva a mi casa no se encuentre huérfano!...

Parecía que todo esto lo decía algún espíritu celestial oculto dentro de su pecho. Tan dulcemente lo decía, tan

tranquila, con una sonrisa divina en el rostro, que nadie de nosotros se atrevió a abrir la boca y decir palabra alguna; al rato se durmió y yo me marché a mis labores. Al poco escuchamos lloros procedentes del gineceo⁶⁴.

-¡Nuestra señora entregó a Dios su alma!

Mis lágrimas corrían como un río mientras mi viejo asistente me lo contaba, y todavía lloré un buen rato tras haber acabado la narración. Lloré por los muertos y por mí mismo, que llegaba ahora en aquella situación que describió el viejo, huérfano y odiado. Lo envié a que comentara a ocultas a Meleika la circasiana que había llegado, a pedirle de mis ropas lo que fuera posible encontrar todavía y que me las trajera rápidamente en el baño público.

Cuando regresé era ya entrada la noche; todo el mundo sabía ya que había llegado, salvo mi padre. Su mujer no dejó que se lo dijeran, supuse, y envié al día siguiente a Sakírbaba y se lo dijo.

- ¡Luz en tus ojos -le dijo-, *Bey-señor!* ¡Llegó tu hijo que estaba fuera! Tu soldado.

No tengo ningún hijo soldado -dijo aquél-. Para mí, mi hijo que era soldado no vuelve más de allí donde fue. Aquel que llegó, ¡que no lo vean mis ojos!

Durante el tiempo que padecí en el servicio, durante el camino en el que sufrí tanto, tenía el oculto consuelo de que ahora sí ganaría el corazón de mi padre. Mi cuerpo estaba lleno de pequeñas y grandes heridas; basta con que únicamente las vea, me decía, y entenderá que heredé su coraje y valentía, que soy un valiente. Me asemejo a él en

⁶⁴ Parece que Viziinós se confunde al utilizar este término turco *selamlík*, pues anteriormente lo adscribía a una sala de uso exclusivo de los varones, mientras que ahora claramente es una alcoba utilizada por las mujeres.

el corazón aunque no parezca en la apariencia. Sin más me abrazará, me besará. ¡Esas y otras cosas pensaba! Y ocultaba mi nombre, cuando llegué a las afueras, para que no sufriera su amor propio por el lamentable estado en que me hallaba.

Mejor hubiera sido que una bala traspasara mi corazón allí donde pedía conseguir su cariño, en el fragor del combate que venir y encontrar tanto odio por su parte, después de haberme visto privado de aquellos que me querían.

Dos días permanecí sólo en casa; al tercer día llegan y me llevan ante el tribunal.

Desde hace muchos años -dijo el juez-, fuiste juzgado y condenado, porque ocultaste a un insumiso y engañaste al rey. Insumiso era tu hermano, acusador tu propio padre. Te quedarás un año en la cárcel, porque tu padre reabrió tu juicio.

En cualquier otra circunstancia hubiera sabido librarme de tal condena, hubiera sabido poner “los puntos sobre las íes” del juez. Pero acepté la pena sobre mi cabeza para que se cumpliera el deseo de mi padre. ¿Acaso nuestra casa, según la encontré, no era para mí peor que la cárcel? Dios perdone a Sakírbaba, que no permitió que me faltara nada. Después no tenía ni pudor para sentir, ni desprecio para sufrirlo. Todos sabían que sufría por el mal proceder paterno y se apenaban, me consolaban y cuidaban de mí como si fuera su señor. Esto por supuesto no lo tendría en mi casa paterna.

Así pasaba el tiempo; y cuando se acercaba el final, tanto más se apretaba mi corazón. Mi hermano mediano vendió las tierras que había adquirido de su mujer y se fue

a Anatolia. Yo estaría, pues, condenado a vivir en nuestra casa. Al extremo que había caído mi padre, no tenía ya esperanza de entenderme con él. Allí supimos de repente que había estallado una insurrección en Herzegovina. No perdí el tiempo. ¡Un caballo robusto del establo, una armadura de plata y camino!

Sakírbaba encontró muchas veces el modo de elogiarme belleza y bondad de Meleika. La comida que me traía a la cárcel la cocinaba sola y cualquier otra cosa que necesitara de la casa, ella era la que se preocupaba por ello, como si fuera mi propia madre todavía viva. Una secreta voz lo decía a mi corazón: belleza y bondad mi madre el anillo belleza y bondad, ella será tu “hado”. Pero no sabes cómo me sentí cuando oí lo de la guerra. Iré a buscar mi “hado” en el humo y en el fuego del combate una vez más. La vida casera, la felicidad de la familia no están hechas para mí. Y me marché.

Dios hizo que el jefe que me tocó en su batallón era un valiente, y quizás por ello algo justo. Cuando regresé tras dos años, tenía algunas heridas más, pero también tenía una pequeña graduación y una medalla a la valentía.

Esta vez pude ver a mi padre en el “selamlíki”. ¡A mi padre! ¡Si no me hubiera engendrado no lo habría reconocido! ¿Qué había sido de su frente orgullosa, de sus relampagueantes ojos, de aquel ancho pecho? ¿Qué había sido de ellos? Parece que todos estos años que no lo había visto, estuviera enfermo en la cama; su aspecto había palidecido, su rostro se había amigado y su cuerpo se había encorvado; sus manos y rodillas temblaban como la hoja. ¡Así lo arregló su joven mujer!

Cuando entré dentro y besé su mano, levantó sus ca-

vémosos ojos y me miró largamente y dos grandes lágrimas se pegaron a sus pálidas mejillas.

¡Te pareces a tu madre! -me dijo-; aquella era mi buena mujer, pero... murió. Ésta, la astuta, en cuanto puse la fortuna a su nombre, me echó del harén.

¿Cómo puede ser esto, *señor*? -le digo-. En nuestra familia jamás se ha oído que una mujer echara a su señor de su propia casa.

¡De esto me asombro yo también! -dijo aquel con una perplejidad infantil-. Pero la sigo queriendo, la quiero a la desvergonzada. ¡Pon rakí, que bebamos a su salud!

Hasta tal punto le había arruinado la bebida su varonil carácter. En tal estado encontré y reconocí a mi padre.

A continuación me narró Selim que la corrupción, física y espiritual, del padre comportó también la ruina económica de su familia. Los rebaños fueron vendidos poco a poco; los establos quedaron desiertos, la mejor parte de las tierras de labor pasaron a manos de prestamistas y usureros, a cuyo dinero acudía el viejo terrateniente cuantas veces su nueva mujer tenía que satisfacer un nuevo capricho. Una propiedad, *nikiachi*, es decir, dote de su madre, permanecía todavía libre de cargas; Selim se ocupó en persona del trabajo de ésta, como en otro tiempo hizo su padre, y en breve tiempo logró mejorarla hasta tal punto, que incluso el mismo viejo, ya atontado, se admiraba.

Tú te pareces a mi buena mujer -le decía en ocasiones-; ¡eres el hijo de mi alma!

Selim, olvidando entonces el injusto comportamiento del viejo hacia su persona, se abalanzaba a su cuello, y abrazándole, intentaba saciar la sed durante tantos años contenida del afecto y aprecio paternos. Pero cuando los

besos y abrazos cesaban, Selim sentía dentro el desencanto que siente el caminante sediento, que avanzando errante por un largo trecho del camino con el único deseo de querer beber abundantemente de una conocida y rica fuente, encuentra de repente seca su boca.

El padre al que abrazaba no era ya aquel al que había admirado tiempo ha y cuya mirada afectuosa le hubiera vuelto loco de felicidad. El padre al que besaba estaba borracho, viejo, idiota y atontado por el uso de las bebidas alcohólicas hasta el punto de que no tenía ya conciencia clara excepto si en ese momento bebía o no. Su mente se había vaciado por los sufrimientos, su corazón estaba agotado por el exceso, en él no quedaba rastro de afecto y dignidad paterna.

Por ello Selim apresuró su boda con Meleika la circasiana, liberada por su madre.

Podía haber tomado a una hija de familia rica -dijo-, y reponer aquello que mi padre malgastó. Pero mi madre era una santa mujer. ¡Que sea perfumada la tierra donde yace!, y ya que dio mi anillo a Meleika, quería decir que ella era mi “amuleto”.

Y era digno que Selim respetara la elección de su madre, porque Meleika estaba en realidad dotada de diversas virtudes. Atendió a su suegro paralítico con la abnegación de un hijo y convirtió a Selim en partícipe de la felicidad conyugal, cuanto es posible conseguir esto en una familia turca. Cuando se produjo en 1875 la última insurrección de Herzegovina, Selim era un próspero terrateniente y tenía tres vivaces y herniosos hijos.

Si estuviera soltero -dijo Selim-, no esperaría ni un segundo; tanto se me agitó el corazón en mi pecho cuan-

do me enteré de que todos nuestros esfuerzos, y la sangre derramada en el '62, fueron en vano. Pero los niños eran pequeños y el padre estaba enfermo, y a mí no me llegaba la camisa al cuello cuando pensaba que tenía lugar una guerra contra el Sultán.

No pasó mucho tiempo, y he aquí que también Serbia se levantó e incluso Bulgaria. El Reino llamó a los reservistas. Recuerdo que todavía no era mi llamamiento; pero cuando me enteré de que Rusia también se preparaba, no esperé mi llamada, no lo pensé, no escuché a nadie. Sabes que el ruso es el enemigo acérrimo de nuestra nación. El agua y el fuego pueden hacer amistad entre ellos y sostenerla; ¡el moscovita y el Islam, jamás, jamás! ¿No ves a los tártaros, a los cherquezos, que dejaron sus casas y bienes y vinieron al Estado del Sultán, desnudos e inválidos, antes que vivir en el mismo lugar que los rusos?

De este modo dejé a mis hijos, a mi mujer, mis propiedades a la intemperie, y me registré entre los reservistas: hacienda, mujer e hijos son propiedad del Sultán, y cuando luchamos contra el Moscovita, ¡siete vidas que tuviera, las siete daría para que nuestro *señor* venciera en la guerra! Contra Rusia luchamos, te dije, en la época de Crimea, y les rompimos la cara en Silistra. Aquella enemistad y odio que les tenía antaño, se multiplicaron, cuando supe que venían a pisar de nuevo nuestra tierra. Ellos quieren exterminarnos, decía, de la faz de la tierra, y yo si puedo me los como vivos. Y me marché a la guerra.

Primero nos llevaron contra Serbia, y allí se hizo evidente que Rusia quería nuestro mal. No sé qué se escribió entonces en los periódicos acerca de los turcos. Pero yo,

que luché en Alexinac⁶⁵ aquel otoño, te aseguro que conquistamos todo el país una vez más, como si no fuera ya nuestro. Y, sin embargo, ¡para qué sirvió! Un papelajo del Zar y el Serasker nos ordenó que saliéramos de Serbia. ¡Te escupo! ¡Que Dios les busque su ruina! Era como si ordenaras a alguien que saliera de una casa que había edificado con su propia sangre y huesos.

Y nos fuimos, se supone que por la paz y por la concordia. ¡Tan grande era el conocimiento que tenía del Sultán el Serasker y los restantes inútiles, cuantos forman el «gobierno»! El moscovita, como sabes, aquello que quería hacer lo hizo: ¡antes de que se hubieran curado las heridas que padecimos en Serbia, habían cruzado el Danubio los rusos! Y yo que iba a mi patria para curarme las heridas, me olvidé incluso de la fiebre y de los dolores y cambié el rumbo. Los rusos pisaron las tierras del Sultán; pensé: ¿cómo Selim va a ir a entrar a su casa? Tenía todavía sin curar un plomazo en la mano izquierda que la sostenía en cabestrillo. Pero en el primer lugar que encontré ejército, desaté el pañuelo y apreté los dientes para que no se dieran cuenta de que me dolía, y me presenté a su comandante. Entonces, si hubiera sido posible, habrían hecho como soldados hasta las losas de las tumbas. Yo era sargento; fui aceptado sin mucho examen y nos pusimos en marcha. Parece que estaba escrito, después de tanta guerra y matanzas en los Balcanes, que viviera, para que fueran a ence-

⁶⁵ Se refiere a la invasión turca de 1813 que ocupó Serbia en la que Alexinac era una ciudad importante. Sin embargo, los serbios se rebelaron con la ayuda de Rusia y los turcos sufrieron una gran derrota. En principio, Serbia adquirió un status de semiindependencia del Imperio Otomano. Posteriormente, por el tratado de Adrianópolis (1829) Alexinac se convertiría en cabeza de uno de los tres distritos de la nueva Serbia, ya independiente de Turquía.

rrarme dentro de Plevna⁶⁶.

¡Ay, Plevna, ay! -suspiró a continuación Selim, tras decirlo, y prosiguió reflexivo su relato-. ¡Tú me recordaste mi patria! Pongo a Dios por testigo de que cuando llegué a Plevna, me encontraba como borracho, como loco. A los rusos los encontramos metidos por aquí o por allí en este lado de los Balcanes, y allí donde los encontramos los limpiamos. Tras la época de Crimea era la primera vez que los veía ante mí; ¡cualquiera de ellos me parecía siete veces peor que el diablo! ¡Archienemigos de la nación, malditos sean! -decía, cuando me encontraba a un herido sin ayuda y lo remataba también a aquel con bestial satisfacción.

Cuando entré en Plevna era un centurión. Y Plevna era famosa desde su primera heroica resistencia. Imagina, pues, con qué alegría, con qué esperanza conducía a mis hombres, con qué entusiasmo agarraba la espada en la mano, con qué griterío saludamos al viejo héroe de Plevna, a Osmán-Pachá. Llegábamos como ayuda a su ejército, tres mil hombres, y los rusos no pudieron paramos, por donde pasábamos.

¡Aquí voy a saciar el odio -dije, insaciable-; aquí me vengaré sin compasión de nuestros enemigos los rusos, los agrios, los despiadados!

Y cuando llegó el momento y prendimos fuego sobre ellos aquel septiembre, entonces mi entusiasmo no tuvo ya límites. Cada bala que les lanzábamos, la sentía que tomaba fuerza desde mi corazón para que golpease donde más fuera profundo, para que destruyera de modo más venenoso. Y donde había trabajo de bayoneta o espada, allí yo no

⁶⁶ Actual ciudad de Pleven, Bulgaria.

era el último. Pero lo escrito está escrito, nadie lo cambia.

Un balazo que me alcanzó la parte derecha del pulmón me sacó de mi posición de combate y me envió al hospital. Una herida muy mala. Llegó el invierno y yo todavía no podía removerme; escupía sangre.

No oí que sucedieran grandes cosas durante aquel tiempo; pero de repente una noche me di cuenta de que los médicos, los hombres del hospital y los enfermos, cuantos se mantenían en pie, poco a poco lo abandonaban y desaparecían. Hubo cuchicheos y suspiros, blasfemias, y después de nuevo un silencio sepulcral, y entonces me puse en pie. Estaba oscuro, no distinguía bien las cosas, pero a lo lejos se oían tropas que marchaban hacia el río. Mala cosa es esto. Desde hacía tiempo nos tenían rodeados los rusos dentro de las fortalezas; no quedaban víveres en Plevna.

Verás de qué modo se vio obligado el Gazí Osmán-Pachá a salir de aquí. Di una vuelta; las calles vacías. A mi alrededor nadie; cuantos quedaron estarían como yo o peor. Cogí mi sayo, y tal como me encontré, en la oscuridad, corrí tras ellos. En el camino hallé a otros heridos, cojos con muletas. Marchaban también ellos apresuradamente, como podía cada uno, y gritaban roncamente y lloraban y blasfemaban. Entonces se enfureció por esto mismo mi corazón. Me esforcé con toda mi energía y alcancé a un “tambor”⁶⁷ que marchaba silencioso y a otro que descendía por el costado en mi dirección.

¡Vuelve atrás rápido! -gritó un oficial desde el caballo. Me reconoció como uno de los enfermos-. Te matarán aquí. ¡Atrás!

⁶⁷ Del turco *tabur*. Se trata de un grupo militar de retaguardia

Soy Selim, el centurión -le dije-; ¿cómo voy a volver atrás! Mientras pudiera levantar el mosquetón, desenvainar la espada, la orden era “adelante”. Y ahora que me he herido, me mandas que vuelva atrás. ¡O me lleváis con vosotros, o me matáis aquí mismo! Nadie quedó atrás. ¿Me entregáis a las manos de nuestros enemigos? Y me puse ante de él y agarré la brida del caballo.

Si eres fiel seguidor de nuestro profeta, Mahoma -le dije-, ¡agarra y corta mi cabeza! Veinticinco años soldado del Sultán, ¿cómo renegáis de mí y me dejáis que caiga vivo en manos de mis enemigos?

No había acabado de hablar, y el caballo, que sintió las espuelas en su costado, se agitó sobre mí y me tiró de espaldas. Sentí a unos cuantos soldados que pasaron pisando mi pecho herido. Después me vino una especie de desvanecimiento...

Cuando volví en mí era madrugada. El lugar en que me encontré me pareció como un sueño. Mi rodilla me dolía muchísimo, no podía moverla. Entonces me acordé del caballo, mi caída y los pisotones que me dieron por encima. ¡Dios se lo pague! ¡Despiadados! Después vinieron a mi mente cuantas cosas logré en las guerras durante tantos años, y me imaginé cuánto mejor habría sido que una bala me hubiera matado en la fila de combate, y un inexpressible temblor me dominó. ¡Lo que habré de aguantar ahora de nuestros enemigos!

Allí abajo oigo, a través del río, el tronar de los cañones; abrían fuego, se peleaban. ¡Alá, Alá! A mis labios no quería subir una oración por mis hermanos. No pude exclamar: ¡Dios, ayúdales! Tan grande era la pena de mi corazón, porque haberme abandonado en manos de nues-

tros enemigos. Lo que pasaba allí bajo no podía entenderlo, pero comprendí, sin embargo, que Plevna no era ya nuestra. Fuera por mi pena y desesperación, fuera por el estado de mi salud, fuera por el intenso frío, me vino un atontamiento, un aturdimiento; no sabía lo que hacía. Me encontré totalmente desarmado. Dios, no por Dios, mis correligionarios me entregaron como “sacrificio”⁶⁸ a nuestro enemigo. Ahora tiene razón cada uno de ellos para vengarse por mis hechos y pensamientos, ¡Que vengan! ¡Que me hagan pedazos y me coman los perros!. Y, así, agotado como estaba, me arrastré y caí cerca en una roca cubierto por mi sayo.

Cuando volví en sí, me encontré en un hospital de campaña; supe que era preso de los rusos, yo y todos cuantos estábamos en Plevna, cuarenta mil soldados, junto con Osmán- Pachá y tantos otros pachas.

No es cosa fácil para mí, -continuó Selim tras cierta pausa, describir qué sucedió dentro de mi corazón desde entonces en adelante; pero quizás sea más sencillo para ti adivinarlo, cuando escuches desde aquel momento mi historia.

Y Selim intentó presentarme cuánta sorpresa sintió cuando vio la filantrópica piedad, con la que el médico ruso y sus ayudantes, las hermanas de la caridad, curaron sus heridas en pocos días, tras vestirlo y alimentarlo mejor de lo que lo habían alimentado los pachás en Plevna. Ciego de fanatismo contra los rusos, se imaginaba a aquellos, rudos, sanguinarios, listos para devorar crudas sus carnes como bestias salvajes. Y sin embargo, eran rusos aquellos

⁶⁸ Del turco *kurban*, víctima propiciatoria de un sacrificio.

que veía ante él. Y ahora los veía corteses y obsequiosos, esforzándose por todos los medios por consolar a los prisioneros a causa de su desgracia, encorajarlos de cara al futuro y asegurarles que siendo prisioneros gozaban de la admiración de los rusos y del mundo entero, por la valentía y por su valor con el que lucharon. Selim en particular debido a las múltiples heridas en diversos frentes, cuyas huellas examinó el médico sobre su cuerpo, les pareció a ellos un hombre de particular valor. Le dieron a entender que si el Zar hubiera tenido tales soldados como Selim, sería Sultán de todo el mundo. Esto halagó mucho el amor propio del soldado, que raramente había escuchado un cumplido por las hazañas que entre los demás pueblos son condecoradas de manera ejemplar. Tras un cierto tiempo Selim fue enviado con los demás prisioneros a Rusia.

Por oscura motivación política los rusos prodigaron en abundancia a los prisioneros turcos de guerra atenciones casi increíbles. Le caían las lágrimas de los ojos a Selim, cuando describía la simpática y favorable acogida, que encontró por donde pasó. Los campesinos rusos saludaban a los prisioneros enemigos, llamándoles *Bratuska*⁶⁹ es decir, hermanos.

Donde parara el tren, les llevaban té y otras bebidas calientes; y cuando salían de los vagones, los lugareños les abrazaban y besaban. Todas estas cosas causaron en el fondo bondadoso y sensible corazón de Selim, una verdadera oleada de sentimientos. ¿Éstos son, pues, los llamados enemigos irreconciliables de nuestro pueblo? ¿Son éstos quienes quieren eliminar a los turcos de la faz de la tierra? ¡Qué equivocada idea tenía acerca de los rusos!

⁶⁹ En caracteres latinos en el original.

Estaba loco hasta entonces, -añadió Selim; por eso te dije que Plevna me puso la mente en su sitio.

En Plevna vio Selim qué privaciones y sufrimientos padecían los pocos prisioneros rusos, y esperaba, pues, padecer en Rusia las mismas, sino peores. En vez de eso, durante todo el período de su prisión Selim comió abundantemente, se vistió con ropas limpias y abrigadas, oyó palabras dulces y consoladoras, que no escuchó jamás de sus congéneres en casa y lo más importante, Selim y los demás prisioneros fueron puestos en libertad y sin ser molestados cumplían todos sus deberes religiosos en casas preparadas al efecto. Un enemigo del Islam no hubiera permitido tal cosa naturalmente. No es extraño, pues, que Selim cambiara ahora de opinión por la posibilidad de convivencia de mahometanos y rusos, y considerara como necios a quienes combatían contra la invasión de los rusos en la Turquía europea.

- El rebaño de Dios es grande, afirmaba, y el pobre Zar no sabe cómo arreglárselas con sus súbditos. ¡Son tan buenas personas; que vengan a nuestra tierra!. ¿Qué le cuesta al Sultán? El "zefki"⁷⁰ que celebra en Constantinopla, puede tenerlo también en Bagdad y en Damasco. ¿No existe lugar donde podamos vivir como hermanos con los rusos? ¡Bratuska, Bratuska!

De este modo, la prudencia política de los rusos supotender un puente entre el infinito abismo, que lo separaba tantos siglos de los turcos. Lo que no se consiguió por la bravura del león, sucedió por la astucia del zorro. Alrededor de los cien mil soldados turcos, reducidos como

⁷⁰ Del turco zevk, fiesta, banquete.

cautivos, fueron atendidos de modo que creyeran que no habían sido hechos prisioneros, sino simplemente huéspedes de los rusos; por consiguiente les deberían a éstos en el futuro el mismo comportamiento y conducta, que la religión de Mahoma dicta a sus fieles hacia todos cuyo techo querían probar como huéspedes “pan y sal”.

En cuanto a Selim, en el otro extremo del puente que unía aquel abismo, se colocó una luz previsor, la llama cálida del amor, haciéndole señas desde lejos para que acelerara su vuelta al regazo ruso.

Que alguien vea la belleza es buen presagio, -dijo Selim, tocando este capítulo un tanto triste. Conocí a un viejo oficial de aquellos vinieron en el '29 en Adrianópolis⁷¹; se acordaba de algunas palabras turcas y me invitó a su casa a tomar el té. Tenía una hija viuda, que lo cuidaba -¡Dios se la guarde a su padre!; era buena como un ángel. Su marido, un “picaro”⁷², le hacía la corte hacía tiempo, hasta que lo consiguió y la tomó por esposa. Pero, ¿la tomo acaso para disfrutar de ella? ¡un golfo! Cuando se jugó su fortuna en cinco o seis semanas a las cartas, cogió su pistola y atravesó su cerebelo. Y ya entonces la desgraciada era viuda seis años. Al viejo también le gustaban las cartas y aquel jugaba con Pavloska para pasar el rato, pero una vez que nos conocimos, no abandonó ya mi solapa. Me narraba las guerras, en cuantas había participado y me escuchaba alabar a los RISOS con gran satisfacción.

La bella Pavlovska escuchaba únicamente cuanto le explicaba su padre, y movía la cabeza y el dedo ya que los

⁷¹ Se refiere al conocido tratado de Adrianópolis de 1829 por el que los turcos perdieron totalmente el territorio de Serbia.

⁷² *cakpin* en turco quiere decir mujeriego.

rusos no eran buenos, porque se emborachaban y jugaban al “kumari”⁷³. Selim que no bebe ni juega al *kumari* -¡ bueno, bueno! Y lo decía con una dulce voz, con una mirada... ¡Qué te voy a contar! Meleika, mi mujer, era bella, buena y hermosa, pero ¿qué quieres que te diga? En nuestras casas las mujeres más buenas eran como las ovejas⁷⁴. Viví tantos años con mi Meleika y tuvimos tres niños, ¿lo crees? Nunca miró a mis ojos como la Pavlovska. La mirada de Pavlovska no se humillaba ante la mía como un siervo baja la cabeza para que le regañe su señor. No. La sentía penetrar como si fuera dulce fuego en mi corazón y lo iluminaba y calentaba y lo deshela y lo aceleraba y lo hacía volar de alegría y felicidad hasta los cielos, y lo hacía sentir que era mejor que volase en brazos de Pavlovska. ¡Y su voz! ¡Y su canto! De verdad, no entendía su lengua, pero por eso precisamente supe que hablaba en lo más profundo de mi corazón. ¿Acaso se entiende la lengua del ruiseñor? Y, sin embargo, quien le escuche, lo siente que habla de dolor, de sufrimiento y del amor de su corazón. ¡Que Dios la guarde a su padre! Muchas veces me senté por la noche en la cama desvelado y me ponía a pensar y lloré, como un niño pequeño, porque Dios no creó también a mi Meleika de este modo, ya que le otorgó tanta belleza y bondad.

Pero mi Meleika tenía el anillo que le entregó mi madre. No podía abandonarla. Y mi corazón sangraba. Cuando llegó el momento y acabó la guerra, comenzaron a en-

⁷³ Del turco *kumar*. Se trata de un juego ilegal de apuestas.

⁷⁴ La conciencia crítica típica de la sociedad de costumbres aparece de nuevo en la pluma del escritor tracio. Esta vez expone un tratado acerca del mundo matrimonial desde la perspectiva del varón muy extendida en la sociedad de su época.

viamos de vuelta, entonces me di cuenta que no me podría marchar de allí sin dejar un trozo de mi alma en Rusia...

Y después de tanta felicidad en mi cautividad, continuó Selim irritado ahora, tras tanto cuidado que hallé en manos de nuestros enemigos, escucha ahora cómo nos recibieron los nuestros, el Reino por el que trabajamos con tamaño esfuerzo, escucha cómo se portó con sus soldados.

Y con los colores más sombríos describió Selim su posterior suerte.

Hasta los puertos más cercanos los prisioneros fueron transportados como estaban con el máximo cuidado a través del ferrocarril. La muchedumbre, por donde pasaban, los despedían llamándoles siempre con su dulce nombre de hermano y aprovechaban hasta el último instante, para mostrar en la mayor medida posible su cariño hacia los que partían. Cada uno de los prisioneros llevaba sin excepción un cierto recuerdo que le había sido regalado por sus conocidos; a Selim le acompañó Pavlovskia con su padre hasta el mar y lo abrazaron y se despidieron de él derramando lágrimas a chorros. Pero la buena vida de todos acabó allí en el puerto. Allí en el puerto cada prisionero fue obligado a dejar cualquier cosa rusa que tuviera encima, a vestir con aquellos trajes que llevó tanto tiempo sobre el campo de batalla, y así, medio desnudos y la mayoría descalzos, nos embarcaban por centenas y millares en los barcos de vapor que esperaban, amontonándose de manera inhumana incluso dentro del mismo lugar preparado para el lastre. Y cuando llegaron a la capital del Estado, sólo entonces maldijeron el momento en el que fueron llamados a regresar a su dulce patria.

La vuelta de los prisioneros sucedió en pleno invier-

no. Constantinopla estaba entonces todavía inundada de refugiados de Bulgaria, los cuales habían acaparado todo edificio público, así como la mayoría de las residencias privadas. Incluso las mismas mezquitas otomanas se convirtieron en propiedades de mujeres y niños hasta sus mismas puertas y en las calles cualquiera podía ver todavía aquellas criaturas acampadas todavía más salvajes por la desesperación.

Y entonces, ¿dónde se disponían aquellos prisioneros a acostarse tras haber regresado? Sobre esto ninguna medida había sido hecha. Los vapores los desembarcaban por manadas sobre el puente del Gálatas o sobre las costas del Bósforo, sufriendo por el largo periplo, hambrientos y tiritando de frío. Los oficiales que les habían acompañado se marchaban tras su desembarco al Seraskeraton⁷⁵, y los soldados de Plevna, más de cuarenta mil, junto a tantos otros cautivos, tras semejante buena vida en la tierra de sus enemigos, se encontraron repentinamente expuestos a la muerte de hambre y de frío frente a los majestuosos altares y hogares, por los cuales tantas veces corrieron peligros.

Cuando recuerdo, -decía Selim, que después de tantas luchas y hazañas, nosotros los soldados del Sultán aceptamos tomar limosna incluso de los hebreos, mientras los delicados señores, con sus sombrillas sedosas, con sus guantes, pasaban y hacían como si no nos vieran, ¡se partía mi corazón! Dios levantó el “merhamet”⁷⁶ por encima del Islam.

⁷⁵ La residencia de los oficiales otomanos.

⁷⁶ Misericordia en turco.

Tras poco tiempo, la paciencia de aquellas criaturas desgraciadas se agotó, el patio del Seraskeraton fue asaltado, e innumerables voces pidieron su sueldo atrasado desde hacía tantos años para los soldados, sueldo de sangre y de fatiga, para que cada cual pudiera volver a su hogar. Pero -según la opinión de Selim- no sobraba nada por los despilfarras de los poderosos, para pagar a los soldados. Y como éstos comenzaron a levantar desesperados tumultos por las calles, se vieron obligados finalmente a encerrarlos dentro de los patios de las grandes mezquitas y a darles una ración de miseria, calentándoles los oídos que en breve tendrían saldado lo adeudado. La fiebre tifoidea diezmaba ya desde hacía tiempo a la gran mayoría de los refugiados y los pobres soldados, apiñándose en los mismos recintos junto a los enfermos, comenzaron a morir por centenares. La policía, temiendo la justa reacción explosiva de esta gente, tomó la medida de quitarles cualquier tipo de armamento que pudieran llevar. Así, pues, mientras Selim vivía bajo una especie de tienda de campaña dentro del frío fango, padeciendo fiebre alta y no teniendo a nadie que le ayudara, oyó a cierto joven rudo de los de la policía pidiéndole la daga rusa, que precisamente tenía en la mano. Selim consiguió a través de mil cuidados llevar esta daga hasta Constantinopla. Era el recuerdo más preciado de su querida Pavlovska.

Te imaginas, -me dijo, qué impresión me hizo la osadía del jovencuelo. No me bastaba el terrible arrebato, la terrible situación en la que me encontraba, y vino él también a ensangrentar mi corazón. No le entregué el arma; y cuando intentó tomarlo por la fuerza, salté encima, lo agarré por la nuez y lo removí dentro del barro.

¡Perro, -le dije, ni siquiera el moscovita pudo coger un arma de las manos del capitán⁷⁷ Selim.

Consecuencia de esta insensata acción del infeliz Selim fue que aquella tarde fue conducido de mala manera a la policía, fue golpeado cruelmente y desposeído no sólo de la daga, sino también de los galones de su sayo militar.

¿Por qué vistes esto por las calles y mendigas, -le dije de modo severo, para que avergüences al gobierno? Ya no eres soldado y mucho menos oficial. ¡Piérdete de aquí!

Ahora te pregunto, -dijo Selim, ya que te revelé en detalle estas cosas, ¿quién tiene la culpa en este mundo, el asesino o el muerto? Porque me vino una terrorífica idea a la cabeza, cuando desataron mis manos y no era en absoluto difícil matarlos allí sobre sus aterciopeladas sillas. Pero viví hasta entonces de modo justo y honrado y no quería manchar mi nombre. Tienes mujer e hijos en tu tierra, Selim, -me dije a mí mismo, si no te queda nada, sálvalos al menos con tu buena reputación. Y Dios me dio paciencia y arrastré mi cuerpo enfermo dos o tres meses por las calles de Constantinopla hasta que se derritieron las nieves y las calles se abrieron y pude acercarme poco a poco a mi casa.

¡A mi casa! -repetía Selim, tras un silencio, y sonreía dolorosamente, con su amarga sonrisa. Así me parecía el miserable, cómo vuelvo al menos a mi casa, a mis hijos, a mi mujer, para que me vieran, para curarme, para comenzar de nuevo mi vida laboral, ya que no estaba escrito que muriera tras tantos sufrimientos...¡Mi casa! ¿Dónde está mi casita? ¿Dónde están mi mujer e hijos?

⁷⁷ Es más o menos el equivalente del término turco *yüzbasi*.

Cuando nosotros defendimos el trono del Sultán y la existencia del reino más allá de los Balcanes, los señores, que se quedaron para gobernar el lugar, para protegerlo, se unieron a los cherquezos y a los mujatzires, que huían de Bulgaria y tomando aldeas cristianas y casas destrozaron tanta vida y robaron tanta riqueza. Algunos bravucos creían en lo que estaban haciendo. Pero, cuando cayó Plevna y el moscovita se esparció por este lado de los Balcanes, entonces sintieron que vino la maldición para comérselos, sintieron que saldría vinagre de sus narices por las fechorías que habían hecho, y abandonaron sus casas a la intemperie y se fueron precipitadamente a Constantinopla para salvar sus vidas. Mi padre ya no vivía, acabó con él el rakí que bebía. ¡Que Dios lo perdone! Su mujer había vendido desde hacía tiempo todas nuestras posesiones, cuando se quedó de ama única, y tras coger el dinero, se marchó y se casó en la Ciudad. La parte que me correspondió,- sesenta mil grosios⁷⁸ - lo puso el muñí en el banco, para los hijos, por si no volvía. Pero cerca de lo seco se quema la madera y también lo verde y mi desgraciada mujer -¡ves, la abandoné sin ayuda para ayudar al estado!- cuando supo que venía el ruso, se unió también aquella a las restantes familias y se marchó a la Ciudad.

Lo que pasó a continuación te lo puedes imaginar fácilmente. Los cristianos, cuantos había refugiados en las montañas, cuando se enteraron de que los turcos habían huido, regresaron y prendieron fuego a nuestras casas, como venganza. De los turcos que huían en pleno invierno, se quedaron en la mitad antes de llegar a la Ciudad, y

⁷⁸ 1/100 de la lira turca.

cuando llegaron allí, no quedaban muchos más que digamos para regresar. El hambre, el frío y la peste, me dejaron huérfano de mujer e hijos. Y tras enjugarse sus lágrimas Selim: delante del trono de Sultán, gritó, al que defendí tantas veces con mi vida, expiraron tres hijos y una mujer, antes que llegara su hora ¡y eran míos ...y era lo único que me quedaba en este mundo!

El infeliz inclinó la cabeza sobre el pecho; una dolorosa tristeza ensombreció la palidez de este bondadoso rostro. Al rato, tras fruncir las cejas y saltar de su asiento:

¡Que venga ahora, -dijo, quien fue creado por Dios con un corazón en el pecho, que venga a acusar a Selim por sus sentimientos! Dios levantó su “merhamet” de este lugar, por la maldades de *señores y agás*. Hizo de nuestro país un hado para Rusia, por su bondad y buena cordura. ¿Acaso no lo ves tú mismo? ¿Dónde están Silistra, Herzegovina, Serbia y Bulgaria? ¡Por todos lados vencimos y por todos lados hemos perdido! Por eso no quiero saber nada nunca más. Los pocos años que me regaló Dios son mi *kismet* y es justo que ya los viva como me plazca. ¿Cómo me gusta vivir?. Esto no se lo oculté a nadie; ¿lo ves tú? Sólo las razones no quieren conocer, y por eso me toman por idiota, y quizás también me tomarán por malvado y desertor, cuando oigan que Selim, el centurión, se fue del lado de Moscú.

Esto no osará nadie a decirlo, te lo aseguro, -le dije. Ahora que me he enterado de tu historia nadie lo va a decir. Eres un hombre valiente, Selim-Agá, y también muy infortunado.

¡Que Dios te dé larga vida feliz y dichoso! -dijo el pobre de corazón y apretó mi mano. Se aligeró mi corazón hoy. Que Dios te lo pague. No conocí nunca tan gran placer

dentro de la desgracia. Solo esto te voy a pedir, mucho te suplico: si leyeras en las gacetas que vienen los rusos de nuevo, házmelo saber lo más rápido posible. Volaré, te lo aseguro, para unirme a ellos.

-Iré a la Capital, de donde espero regresar en uno o dos meses como máximo. Entonces vendré a verte expresamente para decirte qué debemos esperar este invierno. Lo cierto es que las cosas se cuecen de manera latente en Bulgaria; Rusia no quiere a su soberano, y muy probablemente encuentre de nuevo excusa para cruzar otra vez el Danubio.

¡Amén! ¡Que Dios lo quiera! -exclamó el turco levantando sus ojos al cielo.

Tras algunas palabras consoladoras me despedí de Moskov-Selim de corazón, y regresé pensativo del Kainartza⁷⁹. Curioso trauma del alma, -me decía, el de este hombre, cuyos sufrimientos sobrepasan todo relato conocido acerca de la paciencia y resistencia de los soldados turcos. Noble y filósofo por naturaleza, pero feamente ignorado por su padre, se lanzó a la guerra una vez para hacerse hombre, olvidando no sólo su educación afeminada del harén, sino también a aquella infortunada madre, que tan dulcemente lo amó, hasta el extremo de no poder soportar vivir tras su repentina separación de él. Extraño también el error de los padres en cuanto a las convicciones y sentimientos de sus hijos. Fijándose únicamente en su parecido externo, ambos juzgaron de modo precoz; el padre especialmente resultó el causante por eso de la radical ruina de su casa. En realidad, Selim reunía todo lo que de hermoso

⁷⁹ En este punto inicia Viziinós, en un extenso párrafo, un corolario del personaje principal, muy acorde con la literatura de costumbres.

y bueno había repartido en los caracteres de sus padres; el carácter intrépido y varonil, su orgullo y altivez, ¿qué otra cosa eran sino las virtudes de su padre? Pero mientras que únicamente la brusquedad del viejo, la inhumana dureza, su imprudente carácter severo arruinaba a estas virtudes, Selim, habiendo heredado además de aquellas virtudes un carácter sosegado, la cordura natural, la paciencia, la hon- dura de corazón, se convirtió en una persona que imponía respeto y estima.

Me pareció una cómico capricho de la naturaleza el hecho de que el combatiente y magnánimo Selim heredara de su tranquila y pacífica madre no sólo la exquisita bondad de corazón, sino también una particular viveza en la fantasía propia al servicio de aquella bondad. Selim creó un modo de vida ruso en aquella tierra griega, porque su vivaz imaginación, seducida por su debilidad hacia lo ruso, había llenado las carencias de aquella vida, de tal manera que se presentaba ante nuestros ojos el lado cómico e irri- sorio, exactamente igual que aquella buena señora se en- gañaba a sí misma vistiendo a su hijo de mujer de acuerdo con su fantasía y pintando al muy viril Selim como si fuera una niña.

De esta manera, durante todo el trayecto estuve tra- tando de desentrañar uno por uno los elementos anímicos del carácter de Selim, que procedían por separado de las naturalezas opuestas de sus padres. Me parecía perfec- tamente comprensible que el egocentrismo nacional, el fanatismo de la religión, no sólo había desaparecido de modo irrevocable de su conciencia a pesar de haber nacido de tales padres, sino que también él había cambiado dia- metralmente en sus creencias. Después de los sacrificios

que había realizado por el jefe de su pueblo y religión y después de los tremendos golpes morales que padeció de los suyos ante semejantes sacrificios sobrehumanos, todo deber moral de mi amigo me pareció totalmente cumplido. Después me puse a pensar también en otro asunto.

En muchas ocasiones oí decir entre los nuestros que los turcos nunca consideraron las posesiones del imperio otomano en Europa como realmente propias. Al contrario creen y reconocen que su patria natural es el "*Manzano Rojo*", y que, cuando llegase la hora, todos, con sus mujeres e hijos, atravesarían silenciosamente y con indiferencia el Bósforo, devolviéndonos respetuosamente como si fuera un sagrado legado las llaves de Bizancio. Y es cierto que en relación a esta esperanza ciertamente bizantina la historia real nos muestra una larga serie de orgullosos, de sobrehumanos, de desesperados, de cruentos combates, a través de los que los turcos paso a paso pusieron en tela de juicio con cada ataque o invasión la integridad de su estado en Europa. Pero, ¿acaso Selim no lo demostró? ¿Para qué sirvieron tantas victorias y hazañas de los ejércitos turcos? ¿Acaso lo que debió suceder no pasó? Desde que la mano de acero de la revolución griega sacudió el poder del Sultán en Europa, han causado en el mismo tales quiebras, que no es posible restaurarlas o pegarlas ni con la abundante sangre ni con los innumerables cuerpos que los fieles con buen ánimo disponen para ello.

Una tras de otra cayeron Montenegro, Serbia, Rumania, la misma Bulgaria, Bosnia y Herzegovina. Casi por todos lados los buenos turcos combatieron venciendo, sometiendo y conquistando de nuevo estas tierras, y sin embargo siempre se vieron expulsados de sus propias po-

sesiones por la intervención de Europa, y especialmente de Rusia.

¿Qué hay de extraño, pues, en que un hombre como Moskov-Selim, se sienta como si hubiera llegado aquella hora predestinada, en la que el Califa debe a trasladar su trono a Bagdag o a Damasco?

Cuando al siguiente septiembre regresé de la capital a la subcomandancia V., los búlgaros ya habían dado el golpe de estado contra la casa real de Battemberg. Muchos se reunieron tras mi llegada en mi alojamiento para escuchar las noticias relatadas en los periódicos europeos, que se suponía que había leído, puesto que en la prensa local no estaba permitida la publicación de tales noticias. Entre los que vinieron se encontraba el médico municipal, un joven enjuto, doctor por la Universidad Nacional, insaciable cazador de novedades y ardiente polemista político. Cuando le mencioné la historia de Selim, antes de volver a la capital, exclamó con su innata vivacidad:

-Están todos *démoralisés*⁸⁰, querido amigo, todos. La convivencia con los extranjeros les ha privado ya del fanatismo. Al primer golpe futuro harán todos como Selim. Nadie obedecerá al Sultán, todos se pasarán al enemigo.

Entonces cuando volví a visitar al médico tras los acontecimientos de Bulgaria:

Mañana temprano, -le dije, te ofreceré un café junto a las fuentes de la Castalia local.

¿Quién nos lo preparará? -preguntó aquel con extraña
duda.

⁸⁰ En francés en el texto original.

-Moskov-Selim, naturalmente. No creo que se haya marchado todavía a Rusia; no tiene medios; no le dan permiso⁸¹; aguarda, pues, a que le lleve noticias de la llegada de los rusos, y esperará mucho tiempo todavía.

¡Ay, el infeliz! -dijo entonces el médico con compasión. Algunos idiotas lo han desgraciado.

¿Cómo? -dije yo.

Apenas conoció el golpe de estado de los búlgaros, dijo, fueron y le aseguraron que los rusos habían llegado. Al día siguiente me envió el Ayuntamiento para visitarlo y lo encontré hemipléjico. Naturalmente padeció esto por su desmesurada alegría.

Al día siguiente, un poco tarde, marchamos ambos a visitarlo. Lo encontramos acostado dentro de su oscura casita sobre una estera desgastada. Aquel rostro simpático se había vuelto casi irreconocible. Sus pálidas carnes se mostraban ahora todavía más hinchadas y flojas. Una salvaje melancolía dominaba en él y se hacía más pronunciada debido al rictus de la boca y también por uno de sus dos grandes ojos hacia el lado derecho. Apenas podía mover la mano y el pie derecho, como señaló el médico; sin embargo, tras el examen cotidiano se convenció de que el mal pasaría esta vez; tan mejorada encontró la situación del paciente.

El pobre Selim, cuando me vio ante él, intentó sonreír con aquella lastimosa sonrisa melancólica suya; sentí que en mi cuerpo se me ponía la carne de gallina. ¡Tan horriblemente salvaje resultó su aspecto a causa de la enfermiza transformación de sus facciones. Las lágrimas brotaron en

⁸¹ *teskeren* en turco

mis ojos, y cuando Selim se dio cuenta, comenzó a llorar como un niño, ocultando el rostro en su propia mano. Me senté junto a él, cogí su mano dentro de la mía y pregunté:

- ¿Qué tienes, mi querido amigo? ¿Que Dios ayude a curarte!

Hasta entonces Selim no había pronunciado palabra; mi corazón se me partió ahora, cuando escuché su débil y antaño quejumbrosa voz, que se escuchaba de tal modo como si saliera de alguna tumba bajo su esterilla.

¡Gracias a Dios! -dijo el infeliz encogiéndose; ¡ya ves cómo estoy!

No es nada, -le dije. El señor doctor me asegura que lo peor ya ha pasado que te recuperarás en breve tiempo. Pero ¿cómo te acaeció semejante desgracia?, ¿cómo te dañaste a ti mismo?, ¿es posible que de nuevo tanta alegría, se pierda? El médico me dice que lo que te ha pasado ha sido por tu desmesurada alegría.

No digas esto, -se lamentó el enfermo con una mueca de desaprobación. Si hubiera sido alegría...A mí me escribió Dios que muera de pena..., y yo también pensaba que me alegraría, pero no puede ser.

Y tras concentrar sus débiles fuerzas, continuó hablando el turco con la lastimosa voz que le quedaba, con su dolorida mirada melancólica clavada en mis ojos:

- Mi padre y mi madre practicaban el Islam.. yo y todos los osmanlíes pertenecemos al Sultán... ¿se vuelve la sangre agua alguna vez?... ¿cómo iba a negar mi sangre ¡...traicionar a mi señor... ¡marcharme con los rusos!...Esta terrible idea me atormentó una noche, toda la noche...Una noche, toda la noche luchaba mi mente con mi corazón...Sobre el amanecer...de mi pena, de mi reflexión, me pareció...

Los ojos estupefactos del médico se encontraron con los míos, no menos desconcertados. Cuando Selim recobró fuerzas le dije:

Pero, ¡qué necesidad, bendito -le dije-, qué necesidad de pensar tanto! ¿Por qué no te dedicas a tu trabajo?

¡Los rusos llegaron de nuevo a Bulgaria! -dijo aquél con amor propio, ¿no lo sabes todavía?

¡Ay, mentirosos, malhechores!, -grité entonces, por poco se destruye la vida de un hombre. ¿No te prometí yo traerte las únicas noticias verídicas? Quiero que sepas de mis labios, amigo mío, que ni ha llegado, ni llegará jamás ruso alguno a la tierra del Sultán.

¡Por amor de tu Dios! -exclamó frenético el turco, de modo más penoso. De verdad, ¿no vinieron? ¡Ven que te bese! Sus ojos resplandecieron de manera horrible -¡Por amor de tu Dios! ¿No vendrán ya?

El médico, interponiéndose súbitamente entre nosotros, me apartó con brusquedad del lecho del enfermo, y se dirigió a él de modo severo:

Amigo mío -le dijo, necesitas tranquilidad; ¡deja a los rusos que se vayan a paseo y preocúpate por tu salud!

Algunas palabras de Selim llegaron a nosotros incoherentes: la exclamación “Alá, Alá”, la oí con claridad.

Cuando el doctor se levantó del lecho del enfermo y me contempló, tenía la cara blanca como una sábana y los ojos dilatados por el terror.

Se fue, -balbuceó con sus labios trémulos. Lo mató su alegría...

El segundo ataque de la enfermedad puso final a los sufrimientos del viejo soldado, y el turco permaneció para siempre turco.

INDICE

| | |
|--------------|---|
| PRÓLOGO..... | 7 |
|--------------|---|

INTRODUCCIÓN

| | |
|--|----|
| Datos biográficos..... | 9 |
| Y. Viziinós y la novela costumbrista..... | 16 |
| Moskov-Selim..... | 20 |
| La lengua en la obra de Vizi..... | 30 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 35 |
| MOSKOV-SELIM. La historia de un soldado..... | 39 |



Biblioteca de Autores Neogriegos

ISBN 84-95905-04-3



9 788495 905048